

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XXXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saunier, número 4, en París.

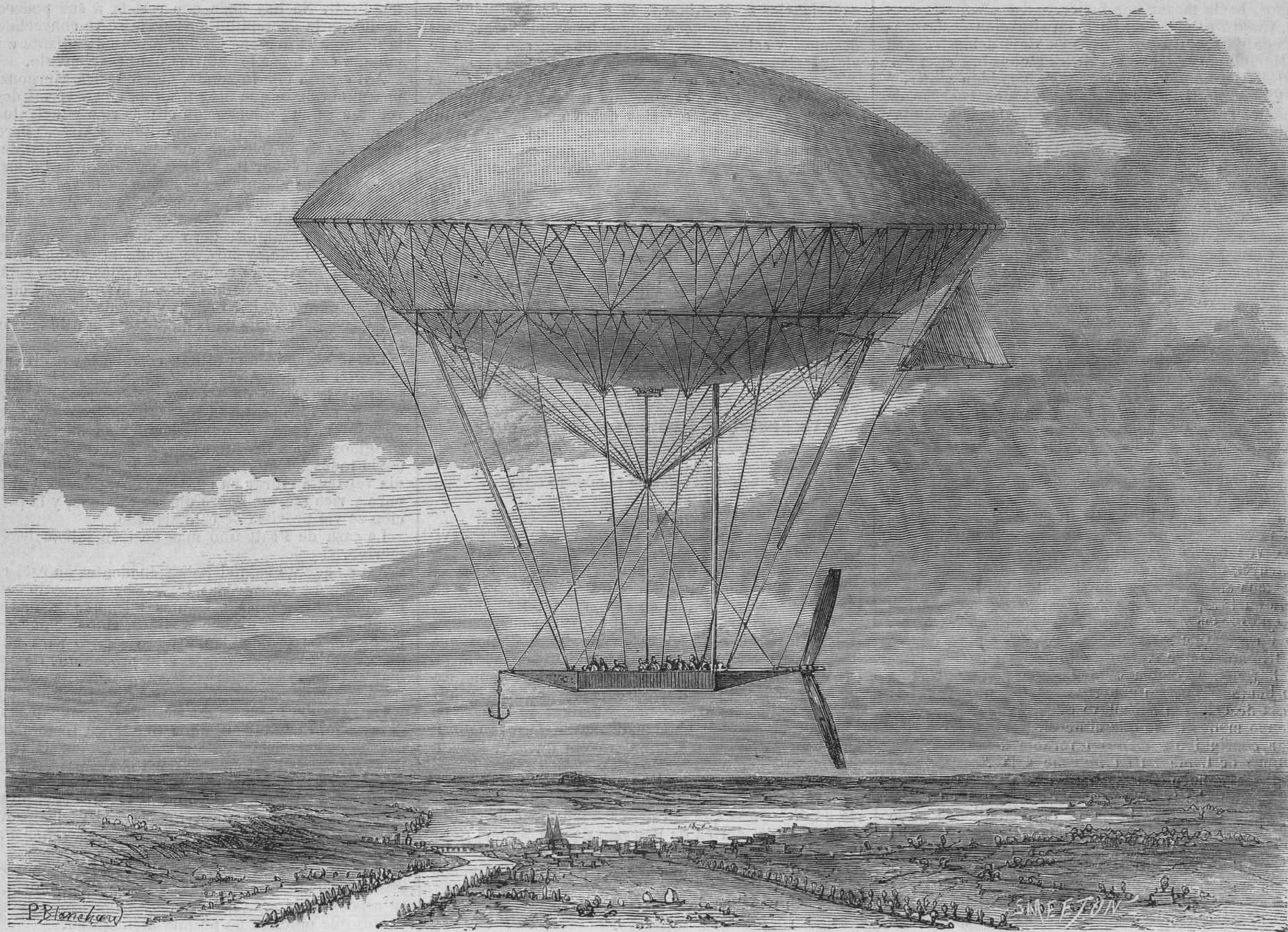
AÑO 31. — N° 999.

SUMARIO.

La dirección de los globos : Experiencia de M. Dupuy

de Lôme; grabados. — Exposición Universal Argentina. — Recuerdos de la guerra; grabados. — Revista de París. — La cuestión del «Alabama»; grabados. — Bernabé Rudge; novela escrita en inglés por Carlos Dickens.

— Costumbres alsacianas; grabado. — París pintoresco: El mercado de los caballos; grabado. — ¿Qué hará de ello? — Servicio fúnebre celebrado en la Escuela militar de Saint-Cyr; grabado.



LA DIRECCION DE LOS GLOBOS. — Globo con dirección de M. Dupuy de Lôme en la experiencia del 2 de febrero de 1872.

La direccion de los globos.

EXPERIENCIA DE M. DUPUY DE LÔME.

En octubre de 1870, cuando el enemigo que asediaba á Paris veia los globos mensajeros que se elevaban tranquilamente en los aires, un sabio muy conocido por sus obras, M. Dupuy de Lôme llamaba la atencion de la Academia de Ciencias sobre un proyecto de globo con direccion, de forma larga, y provisto de una hélice movida á brazo. La importancia de este descubrimiento en aquella época era inmensa; y así fué que el 29 de octubre, el gobierno de la defensa nacional abrió á M. Dupuy de Lôme, un crédito de 40,000 fr. para la realizacion de tan utilísima obra.

Hasta ahora no se ha podido terminar la construccion del globo. La primera ascension ha tenido efecto el 2 de febrero de 1872, y las condiciones han parecido bastante satisfactorias para que se haya dicho y repetido con entusiasmo, que M. Dupuy de Lôme merece un primer puesto entre los inventores que mas honran á la humanidad.

Examinemos pues, escrupulosamente el nuevo globo y los resultados que dió en la ascension del 2 de febrero; pero para hacerlo con fruto y equidad echaremos una ojeada á lo pasado.

El 25 de setiembre de 1852, M. E. de Girardin escribía á la cabeza del periódico la *Presse*:

« Ayer viernes 24 de setiembre de 1852, un hombre imperturbable sentado en el tender de una máquina de vapor, se ha elevado en un globo de la forma de una inmensa ballena, buque aéreo con un mástil que sirve de quilla y una vela que hace oficio de timon.

» Este Fulton de la navegacion aérea se llama Enrique Giffard.

» Es un jóven ingeniero que ningun sacrificio, ningun desengaño, ningun peligro han podido desalentar en su arriesgada empresa... »

Con efecto, por primera vez se habia visto intentar formalmente la direccion de los globos mediante el vapor. El globo de M. Giffard, de forma larga, remataba en dos puntas, tenia 12 metros de diámetro en medio y 44 metros de largo, y contenia 2,500 metros cúbicos de gas. La red que rodeaba el globo se hallaba sujeta á un gran travesaño inferior, á cuya popa habia una vela triangular que representaba el timon y la quilla. Esta maquinaria que equivalia á la fuerza de treinta hombres y que no pesaba mas de 150 kilogramos, hacia mover una hélice.

M. Giffard se elevó de Paris en situacion desfavorable, con un récio viento; pero su viaje demostró que el principio de la direccion de los globos era cosa evidente. La accion del timon se hizo muy bien sentir.

« En cuanto tiraba de una de las dos cuerdas de maniobra del timon, dice M. Giffard, veia inmediatamente dar vueltas el horizonte en mi derredor. »

La hélice puesta en movimiento por el vapor bastaba para desviar el globo lateralmente, y por momentos el buque aéreo resistia á la intensidad del viento con bastante fuerza para permanecer inmóvil en el mismo sitio. Ciertamente, aquel dia se fundó el principio de la navegacion aérea.

M. Giffard construyó en 1855, otro globo cuyo viaje no fué menos concluyente; pero pronto reconoció que para completar su obra necesitaba resolver los importantes problemas de la construccion aerostática, la impermeabilidad de la tela, la preparacion económica del hidrógeno, etc. Durante diez años estudió y resolvió todos estos problemas de detalles, y despues de haber momentáneamente suspendido sus trabajos para inventar el *injector*, que ha venido á ser uno de los órganos esenciales de la máquina de vapor, creó los globos cautivos de vapor, y llegó á construir en Londres en 1869, un gigantesco globo cautivo que se elevaba á 600 metros de altura. Tenia este globo 12,000 metros cúbicos, y se formaba de telas sobrepuestas barnizadas de cautchú, completamente impermeables. M. Giffard preparó entonces por primera vez, un volumen considerable de hidrógeno puro y modificó en todas sus partes los principales órganos del globo construyendo válvulas perfeccionadas.

Veamos ahora el globo de M. Dupuy de Lôme, construido en 1872, y nos haremos cargo de las diferencias que presenta con el que le precedió en los aires.

Es un globo de forma larga, provisto á popa de una vela triangular que sirve de timon. En su parte inferior hay una navicilla oblonga con una hélice que ocho hombres pueden poner en movimiento. Tal es la sucinta descripcion del nuevo buque aéreo.

Siendo ménos largo que el de M. Giffard, su forma es por consiguiente ménos favorable á la direccion. M. Dupuy de Lôme en su informe á la Academia de Ciencias, reconoce que una forma mas larga seria mejor; pero que ha tropezado con dificultades de construccion insuperables hasta el dia. M. Giffard pudo dar á su globo una forma mas larga, porque colgaba su navicilla en una barra horizontal rígida, de cuyo modo no era de temer que se modificase la forma del buque por la traccion de las cuerdas. Sin duda alguna este sistema de suspension es mas ventajoso.

M. Giffard empleaba la máquina de vapor como fuerza motriz; empresa atrevida en verdad; pero el inventor de 1852, supo hacer ilusorio el peligro de la reunion del fuego y de un gas inflamable. M. Dupuy de

Lôme sustituye el brazo del hombre á la máquina.

Si consideramos ahora no ya en su conjunto, sino en sus detalles, el globo construido últimamente, reconocemos que en todos sus órganos aparecen los perfeccionamientos introducidos por M. Giffard en sus globos cautivos de vapor.

La cubierta del globo de M. Dupuy de Lôme, está formada de varias telas de seda y de cautchú, alternativamente sobrepuestas y barnizadas exteriormente. Es lo mismo que M. Giffard inventó para la construccion del globo cautivo de la Exposicion Universal de 1867. M. Dupuy de Lôme ha aplicado á su globo unas válvulas que se cierran herméticamente por medio de hojas metálicas circulares apoyadas en bandas de cautchú. Iguales fueron las que construyó M. Giffard en 1867 y 1869, las cuales pueden verse en casa de M. Flaud en el Campo de Marte. Por último, M. Dupuy de Lôme ha hinchado su globo con hidrógeno puro preparado en baterías donde se obtiene el gas por la accion del hierro y del ácido sulfúrico sobre el agua; y en su informe insiste sobre este modo de produccion á cuyo beneficio ha podido producir 3,500 metros cúbicos de gas. M. Giffard construyó este mismo aparato en 1867 y 1869 para hinchar sus globos cautivos, y pudo producir á la vez un volumen de gas cuatro veces mas considerable.

Así pues, las semejanzas son tan patentes, que sin juzgar los hechos con ninguna parcialidad, no puede considerarse como nueva la empresa de M. Dupuy de Lôme. Estamos persuadidos de que este ingeniero no sospecha lo mucho que ha copiado de su predecesor: sobre todo ha estudiado el principio de su buque aéreo, confiando en gran parte la construccion á monsieur Yon, que es precisamente el constructor ordinario de M. Giffard; á M. Yon que desde hace veinte años, bajo la direccion de M. Giffard preside la hechura del globo de vapor con direccion de 1855, y de los globos cautivos de Paris y Londres. Impermeabilidad de la cubierta, cerradura hermética de las válvulas, preparacion en grande del gas hidrógeno, condiciones de estabilidad de un globo largo, tales son los problemas que M. Giffard ha resuelto poco á poco en veinte años que lleva de estudios. M. Dupuy de Lôme lo ha encontrado todo á la mano con el auxilio de M. Yon; y así es que puede hacerse muchas ilusiones en cuanto á la importancia de los resultados que ha adquirido. El lector juzgará con solo examinar los grabados que acompañan á este artículo. El que representa el globo de M. Giffard que se elevó en 1852, está copiado de las *Maravillas de la ciencia* de M. Figuier, obra publicada en 1868, y en la que se puede leer la descripcion circunstanciada de las admirables experiencias de M. Giffard. El globo de M. Dupuy de Lôme es mas defectuoso aunque ha nacido veinte años despues, y estamos persuadidos de que con él no se alcanzarían resultados formales.

Sea como quiera, esperamos que M. Dupuy de Lôme no se atendrá á esta experiencia preliminar. Que sea él ó su predecesor y maestro quien marche adelante, nosotros aplaudiremos el progreso. Ojalá esté próximo el dia en que veamos un globo que se dirige verdaderamente, esto es, que se pasea en la atmósfera en todos sentidos como una barca se pasea en un lago á la voluntad del barquero. Deseamos que la agitacion producida por M. Dupuy de Lôme, respecto del gran problema no sea estéril, y que la Francia que ha dado los globos al mundo y que tan bien los aprovechó en el sitio de Paris, cuente entre sus hijos el nuevo Colón que abra definitivamente á los hombres el vasto imperio de la atmósfera.

G. T.

Exposicion Universal Argentina.

(Conclusion.— Véase el número 997.)

Hay entre estas, algunas figuras que interesarán vivamente la atencion de los hombres competentes, por el conocimiento de la anatomia que revelan en su autor, y el exquisito gusto del trabajo, naturalidad en las posiciones y armonia en el conjunto. Hay algunos retratos de tal perfeccion en el parecido, que realizan la identidad en toda su extension. Recordamos que hace tiempo se formaban grupos delante de las vidrieras de Fusoni y Maverouf, en la calle de Cangallo, para admirar estos preciosos productos del arte, y hoy vemos reunirse nuevas gentes y amigos de lo bello en torno de los mismos objetos. El jurado dará pronto su fallo en esta materia, y premiará sin duda el talento que ha producido estos pequeños *chefs d'œuvre*.

Destácase entre tanto del medio de la nave, y como para indicar la importancia de su contenido, el armario de diez caras que encierra las muestras de tejidos de seda de la fábrica de Palermo de don Manuel Gentilli, y los guantes de todas clases y formas confeccionados en la casa de Madero y compañía, de Buenos Aires.

Hay allí ponchos de seda, boas, carpetas, cortes de vestido, coginillos, pañuelos, banderas, etc., con las madejas de la seda hilada y los capullos mismos de que se han fabricado aquellos objetos.

La simple enunciacion de estos objetos demuestra

toda la importancia que puede tener para el pais, el desenvolvimiento en grande escala de tan productiva industria.

Los tejidos del señor Gentilli son notables por su solidez, firmeza, riqueza de la seda y pureza en su fabricacion, pudiendo asegurar que nada mejor nos viene de Europa en calidad.

Sin embargo, todos conocen en Buenos Aires los obstáculos con que ha tenido y tiene que luchar su fabricante para llegar á montar su fábrica, y nadie ignora tampoco toda la importancia que esta industria podria alcanzar, creando en el pais una nueva fuente de riqueza, despertando en el pueblo la dedicacion á tan sencillo como lucrativo trabajo, dándolo á millares de brazos de los mas menesterosos que sacarian de él una renta segura, y fomentando por fin el cultivo de la planta que sirve de alimento á los gusanos productores de la seda. La morera es el árbol que con mayor facilidad se propaga y no hay tierra que no le sea propicia en toda la República, pudiendo llegar á ser con el tiempo un ramo predilecto de la agricultura que obtendria pingües recompensas con el desenvolvimiento en grande escala de la fabricacion de la seda.

Debemos esperar que el pais se aperciba de cuánto porvenir es susceptible esta industria y que se protejan y fomenten los laudables esfuerzos de su modesto introductor para que pueda dar mas ancha base á sus trabajos.

Con las muestras de seda de Palermo están unidos los guantes de la casa de Madero y compañía. No podemos hacer mayor elogio de ellos que el decir que la sociedad porteña gasta con preferencia á los mismos de Jouvin, los guantes de Madero. El cuero es del pais, su curtimiento es tambien del pais, maestros expresamente traídos de Europa, hacen su corte y nuestras hábiles costureras los cosen.

Difícil será citar otra industria en que desde el nacimiento de la materia prima hasta el objeto perfeccionado, sean obra exclusiva del pais.

Felicitemos á los fabricantes por ser los autores de la primera fábrica de esta especie en la República.

Un armario colocado en el extremo de la nave dedicada á Buenos Aires, contiene la exposicion del señor Pratt, tan conocida en aquella ciudad, y cuyo establecimiento ha adquirido una justa celebridad.

Una estrella descompuesta en todos los matices del iris, ofrece el programa mas elocente de esta casa: producir todos los colores imaginables, reemplazando lo viejo con lo nuevo, lo desagradable y sucio con lo hermoso y flamante. Es el problema de la vida de la materia resuelto victoriosamente por las tintas del señor Pratt. No hay nada que resista á sus poderosos medios, y la decrepitud mas ajada se ve convertida de la noche á la mañana en una juventud radiante é iluminada con todos los atavíos del renacimiento.

Ahi está la tela inmunda, que muestra avergonzada una punta de lo que fué; tirad de ella y vereis desarrollarse en su prolongacion el mas rico y lúcido raso que ostentan las tiendas de Buenos Aires. ¿Pero es ilusion? ¿Es posible que una simple inmersion de los aparatos del señor Pratt haya cambiado de tal manera la vejez en juventud, la muerte en la vida?

Buenos Aires dudó por mucho tiempo de la eficacia de las aguas milagrosas del señor Pratt, y rehusó la fe á estos prodigios. Pero la experiencia propia ha vencido la duda, y hoy se acude al establecimiento del señor Pratt para renovar los trajes, como se acudia en los tiempos de la fábula á los magos y encantadores para adquirir belleza y lozanía.

Hay un hecho que da la medida de la utilidad de un establecimiento semejante.

Cuando la epidemia última cerraba los puertos que rodean á Buenos Aires, y la guerra franco-prusiana impedia la salida de los efectos que reclamaba esta ciudad, se hizo sentir la carencia de géneros negros para lutos. Todos los comerciantes se miraron compungidos, hasta que uno de ellos pensó en Pratt, y le envió todos los merinos de colores que tenia. Al otro dia volvian á entrar en su casa convertidos en el mas puro y rico merino negro que se expende, y la poblacion se vió provista de este artículo.

La casa de Pratt tiñó mas de cien mil metros de merino.

Así es que no solo el pobre encuentra en esta casa un medio de renovar sus trajes por un precio sumamente módico, y las elegantes mismas la manera de cambiar todos los dias de vestidos, sino que puede ser un objeto de explotacion y lucro seguro para el comerciante, que puede por este procedimiento cambiar al infinito los colores de sus géneros, adaptándolos á la moda reinante ó á la necesidad del dia.

La casa de Pratt es susceptible de mucho mayor desarrollo. Cada ciudad de la República tiene necesidad de un establecimiento semejante, y las sucursales de Pratt pueden extenderse por todo el pais.

Otra de las ventajas que ofrecerá la exhibicion de Pratt, será la de aprovechar de las diversas plantas de teñir que han sido presentadas por varias provincias, y de las que, sabemos, lleva ya el señor Pratt algunas muestras para hacer experimentos.

El jurado aun no ha juzgado, segun creemos, este establecimiento; pero en vista de su importancia, de su especialidad y de los resultados alcanzados, no dudamos que obtenga un premio distinguido.

El ramo de boteria y zapateria ostenta tan solo tres muestras, presentadas por el señor Oliver y compañía, cuando Buenos Aires sobresale en esta industria

entre todos nuestros pueblos, é iguala á las fábricas europeas.

No hacemos mencion en ellas de un par de botinas de señora, de colosales dimensiones, trabajadas en terciopelo azul y con una red de crespon negro sobrepuesto, porque no hace honor á su fabricante, y sus dimensiones son una galanteria *sui generis* dirigida al bello sexo porteño.

Tampoco diremos una palabra de los diversos modelos de gorros y sombreros de señora que están colocados en una biblioteca de nogal contra el muro Este del Palacio. Si fuera á buscarse en las tiendas de modistas de Buenos Aires, no se encontraría peor desecho.

Un modelo del viaducto del ferro-carril de la Boca y Ensenada viene felizmente á interponerse entre estos desgraciados representantes de tan adelantadas industrias, para borrar el mal efecto causado.

El modelo del viaducto es una obra completa, que da inmediatamente la idea de lo que representa. Está construido en madera fina y colocado en la misma posicion que tiene esta obra, una de las mas grandes é importantes que se han realizado en el pais. M. Wheelwright, que ha dotado á estos pueblos con el ferro-carril central, que ha construido el de la Boca y Barracas, y que todavía sueña en otro que alcance siquiera hasta tocar los umbrales de Bolivia, ha de darnos todavía otras obras por las que quedará vinculado su nombre perpétuamente á los progresos de la República.

Volvamos sobre el muro del Este. Allí se halla una rica y variada coleccion de objetos de talabartería, trabajados por el señor don Eugenio Mattaldi. Baules, balijas, sacos de noche, frenos, riendas, sillas de montar de todas clases y formas, llenan una parte del muro, haciéndose admirar por los inteligentes.

Hay algunas piezas de estas que requieren un estudio y una mencion especial; sobre todo, un baul que es susceptible de cambiar de forma y de nombre por medio de un sencillo mecanismo inventado por el mismo constructor señor Mattaldi. Abierto con un resorte especial, se despliega un cómodo sofá forrado de terciopelo carmesi, con sus rollos á los extremos, de los que penden borlas de oro; con otra sencilla modificacion queda convertido en una cama de muelle colchon, que nadie desdeñaría en medio de un viaje. Cerrado, es un baul de regulares proporciones, dividido en seis departamentos para las diversas clases de ropa y objetos que necesite el viajero mas exigente.

Nos inclinamos á creer en la superioridad de este mueble sobre todos los demás de su especie, tanto por le ingenioso de su construccion y la novedad de la idea, como por la riqueza de los materiales empleados y la perfecta ejecucion de la obra.

Llama tambien la atencion una balija con cerradura de campana, y un secreto en el fondo, capaz de contener muchas resmas de papel.

Un saquito de noche, de cuero imitacion al de Rusia, pero tan bueno como él.

Y las sillas de montar, cuya finura y elegancia no son superadas por las mejores que nos vienen de Europa.

Todos estos objetos son hechos con cueros curtidos en el pais, lo que da nuevo mérito á su fabricante.

Al frente se ve otro grupo de la misma especie; es la exposicion de los señores Guntche y Schroeder. Allí se repiten los mismos objetos, poco mas ó menos, con excepcion de los dos baules especiales que hemos descrito, del señor Mattaldi. Tal vez el gusto, la mayor limpieza, la mejor colocacion de aquellos, influyan para producir este resultado; pero nuestro juicio está hecho, y creemos superior la exposicion de Mattaldi.

En esta materia aun hay un par de riendas hechas de huesos labrados por don Guillermo Magallanes. Es una obra original y bien trabajada.

Una pirámide de objetos de mimbre, coronada por una águila de cabeza blanca, ocupan la última mesa de la nave central del Palacio en la seccion Buenos Aires. Grandes y pequeños canastos de todas formas, tejidos y colores, producto de la isla de Carapachay, presentadas por el presidente de la República, y una canasta, tambien de mimbre, trabajada por don Antonio Galli, demuestran cuánta importancia alcanzaria una industria tan productiva, y cuyas obras se han hecho una necesidad imprescindible de la vida civilizada.

El mimbre, que antes crecia ignorado de los hombres, ha venido á ser la base de estos trabajos, que, lo esperamos, han de desarrollarse en grande escala.

El mimbre se ve en todas sus faces; desde el verde junco natural hasta el mimbre pulimentado, pintado y por fin tejido en las diversas formas que ofrecen los objetos expuestos.

Siguiendo la línea exterior de la misma nave, se encuentra una escalera de hierro, fundida por su expositor don Francisco Carulla.

Elévese en espiral, apoyando sus veinte peldaños unos sobre otros, sin mas espacio para desarrollarse que un metro y medio de diámetro, enroscándose como una bronceada serpiente alrededor de la columna que le sirve de apoyo.

La elegancia, solidez y baratura de esta escalera, que solo vale doscientos pesos fuertes, la hacen preferible á cualquiera otra.

A sus costados hay cuatro columnas para faroles, fundidas por el mismo señor Carulla; su sencillez y

solidez las recomiendan para el alumbrado público, ya sea de gas ó de lámpara.

Tambien los salvajes de la pampa han tenido entrada en este palacio de las artes é industrias de la civilizacion; pero su presencia en él no dejará huellas de pillaje ó destruccion. Por el contrario, han venido á depositar su óbolo de trabajo, como para significar que el elemento bárbaro busca su rehabilitacion por medio de la industria que educa y civiliza.

Los objetos presentados por la municipalidad de Azul, trabajados por los indios del mismo pueblo, revelan que hay una ancha base en que puede fundarse todo un sistema de reduccion de indios, que reemplaze con ventaja al medio extremo de las armas que exterminan, sin ganar un solo individuo para el gremio de la humanidad.

El ramo de instrumentos de música está representado únicamente por dos clases de guitarras: una, ordinaria, presentada por don Casiani Angelo, y otra fina, con incrustaciones de nácar, presentada por el conocido constructor don Dionisio Guzman.

Por un piano perpendicular de jicarandá, construido en su totalidad por su expositor don H. M. Tiepold, y un precioso órgano á cilindro, con variedad de registros, por don Juan Perla y compañía.

El piano, á juicio de los inteligentes, hace honor al arte de construccion de Buenos Aires, y en cuanto al órgano, es de lo mejor y mas acabado que hayamos visto en la materia.

La ortopedia está representada por aparatos notables, expuestos por don Antonio Campi y don Francisco de P. Martinez. Hay aparatos para uso de los pedicuros, uno para pié torcido, una pierna artificial articulada, y otros objetos mas, que demuestran el grado de adelanto á que ha llegado este arte en Buenos Aires.

En la misma categoria se hallan las muestras de dentaduras artificiales, engarzadas en oro y en gutta-percha volcanizada, presentada por los señores doctor Ernest, señor Mack y don German Wineberg.

En la nave del frente, en el local destinado para salon del gobierno nacional, se ha expuesto últimamente un estante conteniendo una numerosa coleccion de aparatos ortopédicos é instrumentos de cirugía. Su expositor es don Emilio Ramonse, y si hemos de juzgar por lo que á la vista del profano se ofrece, creemos que es lo mas completo que se haya presentado en esta clase.

Volviendo á la nave del Este, se ve una mesa, de cuyo centro se levanta una hoz de espigas del lino cultivado en la chacra del señor don Luis Duhamel, á tres leguas de Buenos Aires, en el partido de San Isidro. Allí se ve el lino al natural en su caña, y al pié de ella la semilla que sirvió para su cultivo, y la cosecha obtenida.

La industria del lino es importante para la República, y el señor Duhamel, introduciéndola y haciendo conocer los procedimientos que se emplean en su cultivo, rinde un nuevo servicio, que el pais debe apreciar.

Se sabe cuánto provecho puede sacarse de una planta de lino, sirviendo su caña para fabricar con medios muy sencillos, como los que usan los labradores del Norte de la Francia, hilo, cuerdas, varias telas, etc., mientras que su grano ó semilla es la base de muchas preparaciones medicinales.

Deseáramos vivamente que los agricultores fijaran su atencion en tan sencilla como útil industria, que al cabo de poco tiempo podria convertirse en una fuente de recursos, aun para la gente mas pobre.

Madeiras de seda de varios colores, devanadas por la señora Maria N. de Newton, y muestras de capullos de seda de la quinta del ilustrado aficionado doctor Esteves Sagui, completan este cuadro. La señora de Newton ha encerrado su bella exposicion en una caja fabricada de madera de paraísos, sembrados en su propia quinta, conteniendo además capullos de seda, mariposas y semillas del gusano de seda *Bomvis Nuva*.

Otra mesa cubierta con los variados productos de la fábrica de jabon de los señores Joselin y Carlos M. Huergo, llama la atencion de los visitantes. Desde el tosco pan para el lavado de la ropa, hasta el perfumado Windsor (perfectamente imitado) y el jabon Glicerina, llenan esta mesa las interesantes muestras de esta industria. Una marqueta de sebo colocada al pié de aquella, indica la procedencia de tan finos productos. Los señores Joselin y Huergo han merecido bien de la Exposicion, y esperamos que los jurados así lo fallen.

Otra interesante exposicion viene en seguida. Es la de cueros curtidos de la fábrica del señor don Augusto Arnaud. Ocupa una columna entera de las que sostienen el palacio, en forma piramidal, y conteniendo una rica coleccion de cueros de animales menores, propios para calzado, guantes, monturas, alfombras, pulseras, etc. Hasta un diminuto cuerito de laucha, perfectamente curtido, se deja ver entre la gran variedad que forma la pirámide. Aunque de distinta especie que los expuestos por los señores Amespil y Bletscher, los cueros del señor Arnaud tienen su mérito y actividad propia, que los harán estimar por los visitantes al palacio.

Pasemos á la nave del frente.

Lo primero que se destaca del muro Oeste, atrayendo las miradas, es un cuadro de colosales dimensiones, conteniendo mas de trescientas muestras diferentes de letras de relieve, doradas y pintadas, grabados sobre metales, medallones para inscripciones, etc.,

presentados por el señor don Marcelino Harismendi. Hay allí cuanto se puede desear en este género.

Entre las industrias cuyo adelanto es notable en Buenos Aires, descuella la de la fabricacion de las velas de estearina y demás objetos secundarios de esta clase.

Una caja de caoba, verticalmente colocada, contiene una coleccion completa de las muestras de esta industria, dirigida por el señor don Otto Holterhoff.

A las velas, el expositor ha acompañado la materia prima de que las ha fabricado, y por unas y otras se ve el grado de perfeccion que se ha alcanzado, llegando á establecer la competencia con las velas importadas del extranjero.

Al lado de las velas está el guano artificial, elaborado en Barracas por el distinguido químico señor Puiggari, de los residuos de los saladeros, elaboracion que está llamada á obtener gran éxito en Buenos Aires, convirtiendo materias nocivas á la salud en elemento de vida y alimentacion humana. El guano elaborado por el señor Puiggari contiene hasta un trece por ciento de amoniacos; es muy estimado en los mercados europeos, y puede por lo mismo ser la materia de una industria de grande escala, que completamente y dé mayor valor á los saladeros.

Debíamos aprovechar esta ocasion para decir una palabra sobre el señor Puiggari, cuyos trabajos constantes de muchos años han tenido por norma salvar la importante industria saladeril, tan combatida por la opinion pública, que ha creído ver en ella una de las causas de las terribles epidemias que ha sufrido aquella ciudad. El señor Puiggari, consagrando su inteligencia y sus estudios mas serios á resolver el problema de la desinfeccion de los saladeros, no solo presta un gran servicio á la causa de la salubridad pública, que es la causa de todos, sino que salva la existencia de una de las primeras fuentes de riqueza que cuenta Buenos Aires. El pais sabrá agradecer estos trabajos.

En la misma reparticion hay muestras de grada preparada por un sistema especial por los señores Geary y Greenwood, con la preparada por los señores E. Ronquand é hijos, en su establecimiento de Barracas, al Norte, y aceite de pata de novillo, sin ácido ninguno, y que es ventajosamente aplicable á las máquinas en general, y, sobre todo, á los relojes, de los mismos señores.

La cola, de los señores Ronquand, no es esta la primera vez que se expone; en la Exposicion universal de París última, obtuvo un premio, y si no nos equivocamos, los jurados argentinos confirmarán aquella distincion.

Tambien estos señores han expuesto tres clases de guano, preparado en su establecimiento, los que entrarán en competencia con el señor Puiggari.

Siguen algunos modelos y aparatos de máquinas hechos en Buenos Aires.

Un diseño de un aparato locomotor para los ferro-carriles urbanos (tramways de largas distancias) de don Juan B. Bugni.

Varios aparatos para la fabricacion del gas y petróleo para el alumbrado de las casas, de don Camilo Touset.

Un modelo de una máquina para extraer la fibra que contiene la pila, á fin de hacerla servir para el cordaje, inventada y expuesta por don Manuel Palau.

Y una máquinita á vapor, construida por don Guillermo Kelsey (hijo).

Todavía se nos presentan algunas muestras de talabarterías, trabajadas con materiales del pais: son dos pares de riendas de un trabajo esmerado, hechas por don Waldemar Bjerregaard, y que el expositor dedica al uso de los médicos, por su especialidad. Tambien hay seis tarros de betun para lustrar los correajes, inventado por el mismo señor Bjerregaard.

Dos hermosos quesos, producto de la chacra, del señor don Isaias de Elia, han venido á demostrar que ni el clima ni el suelo especial son bastantes para la perfeccion de esta industria, cuando no está de por medio la inteligencia del hombre, que suple á las deficiencias de la naturaleza, venciéndola muchas veces.

El exquisito sabor de los quesos del señor Elia, imitacion de los célebres suizos, los hacen preferibles á todos los que se han expuesto, y de esta manera los quesos de Buenos Aires han venido á aventajar á los mismos afamados de Tafi.

La carne conservada, este problema que hace tantos años está por resolverse en bien de la humanidad menesterosa, sin encontrar aun su solucion definitiva, se halla, sin embargo, representado en la Exposicion por tres muestras enviadas por los señores don Guillermo Muller, don Juan A. Roggiere y don Manuel Palau.

El ramo de vinos y licores es mas abundante de lo que pudiera creerse, tratándose de una provincia cuyo suelo no es propicio al cultivo de las viñas. Hay vino blanco y rosado, preparados en San Isidro por el señor don José Martinez de Hoz. Vino vermouth, fabricado por los señores don Félix Fornara, Pini, hermanos y compañía, Braida y compañía, y don Juan Daró. Vino blanco de la Rioja, del señor don Guillermo Dávila, y vino hecho en el partido de Rojas y enviado por su juez de paz. Los licores están representados, en primer lugar por la popular Hesperidina de Bagley, cuyos anuncios están desparramados *nobi et orbi*, y cuya inundacion ha alcanzado, como era natural, al palacio; licor higiénico, de don Juan A. Roggiere; varios otros, de don Julio Farrien; nueve cla-

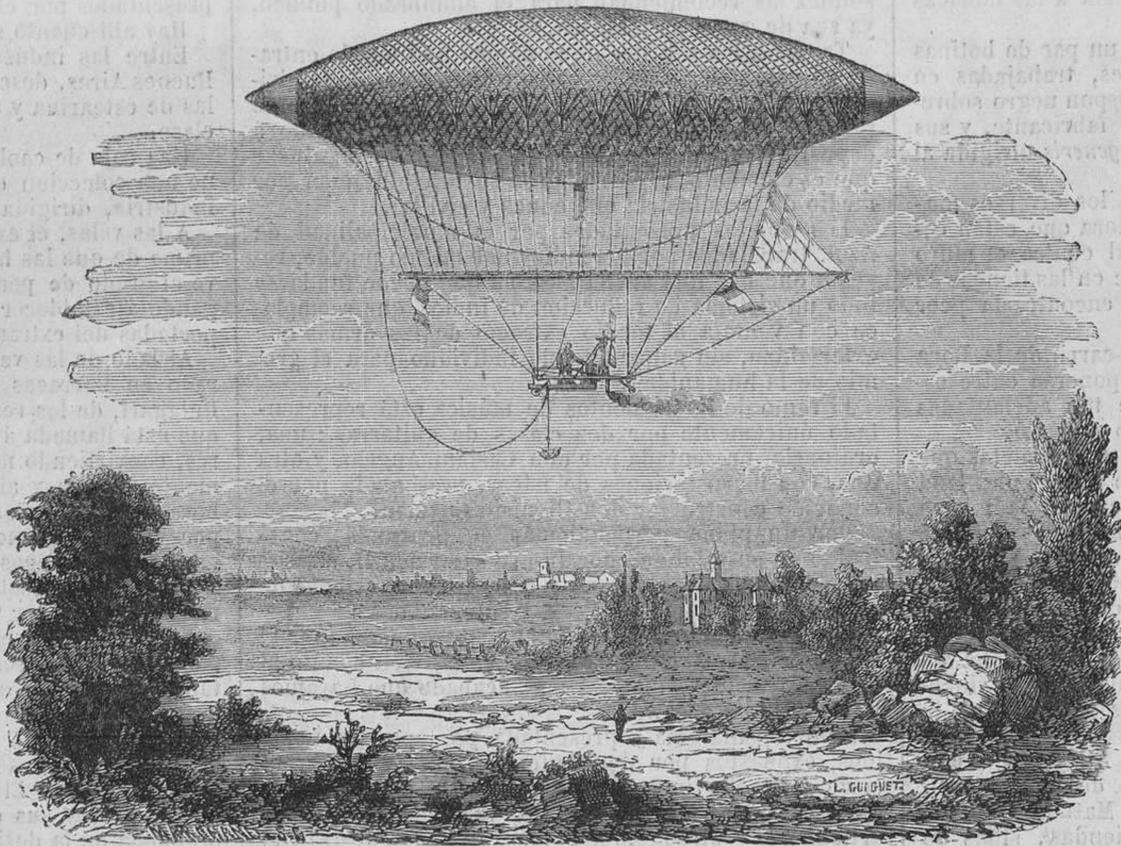
ses diferentes, de don Luis Paernio; caña de 14 grados, preparada en el alambique de los señores Cavallas y Arguier; licor tónico platente del señor Dávila; cien clases mas, presentadas por don Pedro Calatromi, y dos frasquitos de licor tónico de Santa Catalina, del señor don José M. Pereyra.

Del centro de la nave del Oeste, en la seccion Buenos Aires, pende una gran araña de veinte y cuatro luces, obra notable del señor don Juan Anglade, y dos tinas de baño, de metal, hechas por un sistema moderno, se hallan debajo. Estas son las mejores y casi únicas muestras de esta especie que ha enviado Buenos Aires á la Exposicion, pero asimismo son de lo mejor en su género.

En seguida se presenta un gran número de específicos entre ellos los del laboratorio químico del señor don Antonio Lafon; una coleccion de frascos de esencias, de don P. Marques; dos frascos de *Hojas del Eden*, dos de *Jabon del Oriente*, y dos de un elixir para dientes, de don José M. Pereira.

Falta aun otra industria, que se halla debidamente representada en el palacio: nos referimos á los productos de la *Cantera porteña*, que ha enviado una boca de algibe, piedras para embaldosados de patios y veredas, y tubos para cañerías de aguas corrientes.

La *Cantera porteña* es bien conocida en Buenos Aires, donde ya se emplean con preferencia sus piedras artificiales, perfectamente pulimentadas; para el adorno de muchos edificios, y que tiene un gran porvenir.



LA DIRECCION DE LOS GLOBOS. — Globo con direccion de M. Giffard, construido en 1852.

Hay una obra de manos femeniles, tan graciosa como sencilla. Es un ramo de flores hecho con pañuelos de manos. Cada flor es un pañuelo íntegro, y una vez deshecho, queda tan flamante el pañuelo como recién sacado de los estantes de una tienda.

La gracia exquisita de este ramo, consiste no solo en su perfecta ejecucion, á tal punto que nadie sabria decir de qué está hecho, sino muy principalmente en la idea original realizada por la delicada inventiva de

la mujer. La autora es la señorita Josefa Aguirre.

Terminaremos la rápida descripcion de esta nave, con el último aparato construido en Buenos Aires. Es la *Desterradora Argentina*, objeto de gran utilidad para la agricultura, pero del que no hemos podido averiguar la procedencia.

El saloncito destinado al gobierno contiene además los espejos del señor Fusoni: dos de marco dorado e incrustaciones de madera de color. A pesar de que no son notables por su tamaño, lo son por el gusto con que están trabajados sus cuadros.

En el centro está colocada una mesa, cubierta por el tapete y sosteniendo el almohadon trabajado en las escuelas de la sociedad de Beneficencia de aquella ciudad.

Tanto el tapete como el almohadon, son de terciopelo azul bordados en oro.

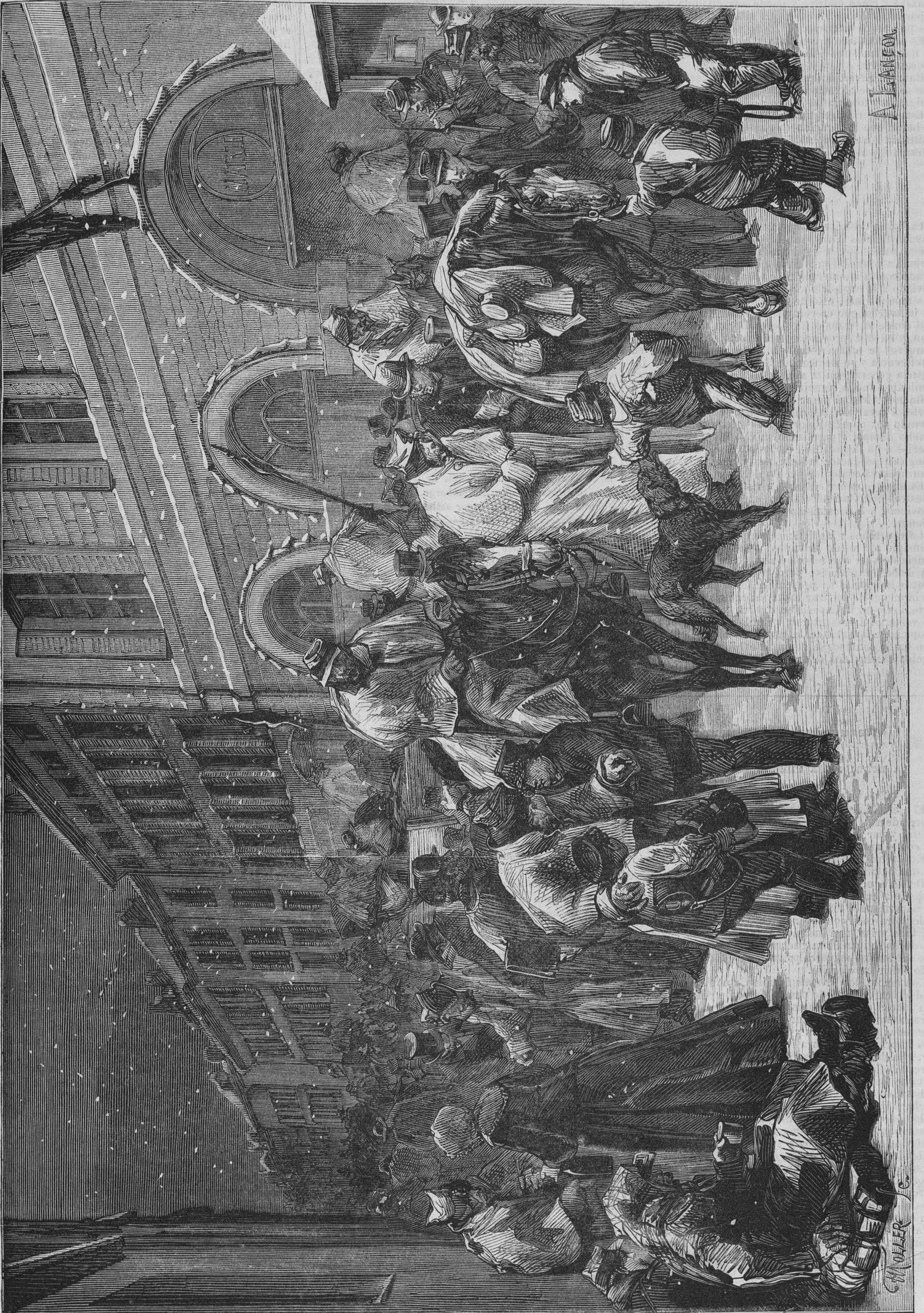
En el centro del almohadon están bordadas las armas de la patria. Es una obra notable que hace honor á las alumnas que la han ejecutado.

La seccion de Buenos Aires termina con una gran carpa ó tienda de campaña, que seria un palacio colocado en medio de un campamento.

La materia de que está hecha es lona fina por la parte de afuera, y damasco azul por dentro. Se arma por medio de un aparato de madera muy fina, consiste en una fuerte columna que termina en varios rayos que se abren en forma de un colosal paraguas, el todo enchapado con bronce. Por su parte inferior la columna se introduce y forma parte de una mesa redonda



RECUERDOS DE LA GUERRA. — La retirada del ejército de los Vosges: campamento de caballería en una selva.



RECUERDOS DE LA GUERRA. — Llegada de un destacamento á Saint-Claude (Jura).

como para seis cubiertos. El diámetro de la carpa alcanzará á cinco metros, y puede ser dividida en dos departamentos que tienen sus sillas, sus ventanas y sus puertas respectivas.

Es una habitacion completa y confortable, que mas de uno de nuestros jefes mirarán como un regalo para las campañas.

Habrás advertido que falta en esta reseña todo lo que se refiere al ramo de lanas y de pinturas, dibujos, caligrafía y fotografía.

Estas materias requieren artículos especiales, que se harán con la atención que merecen, sobre todo la industria lanar, que es de las primeras fuentes de riqueza del país.

III.

La ligera descripción que acabamos de hacer de la sección Buenos Aires, manifiesta que aquella provincia se halla lejos de estar mal representada en el palacio. La comisión provincial queda plenamente justificada con la enumeración de todos los objetos que ha enviado á la exposición, y si hemos echado de menos muchos mas, esto depende de la múltiple variedad de industrias que crecen y se desarrollan en una ciudad donde el trabajo ha alcanzado su última expresión, y en una provincia donde mas de cien mil extranjeros se hallan establecidos en sus capitales, su inteligencia y su dedicación á hacer adelantar la industria general con la aplicación de los nuevos procedimientos que la ciencia suministra de día en día.

Buenos Aires, á pesar de las dificultades del transporte, á pesar de las calamidades públicas que han cerrado sus puertas, muerto su espíritu comercial por mucho tiempo, y paralizado su vida en el tiempo mas precioso, ha llegado, sin embargo, á presentar un catálogo de productos industriales y artísticos, que harían honor á cualquier pueblo del mundo.

Es nuestro deber enviar, en vista de este resultado, nuestras felicitaciones á los expositores de aquella provincia, y á la comisión que ha impulsado el movimiento.

Lo repetimos: las deficiencias que hemos notado al principio de estos artículos, solo prueba la exuberancia de vida que rebosa Buenos Aires y que falta en las demás provincias; pero para que este poderoso centro industrial se presentara en toda su plenitud, sería menester separar todas las causas que han obstado á ello en la Exposición actual, y que esperamos no volverán á presentarse, cuando en una época mas propicia se levante en la populosa ciudad el palacio que ha de contener la segunda exhibición de los productos é industrias de la República.

Recuerdos de la guerra.

LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE LOS VOSGES.

El ejército del Este, desmoralizado ya por sus anteriores descalabros, por la orden de retirada del 18 de enero, y por la falta de víveres, recibió el último golpe con el armisticio del 28.

Este armisticio produjo en aquel ejército el efecto de una batalla perdida.

Desde aquel instante la retirada que se operaba con orden y alguna firmeza, bajo la presión de un enemigo encarnizado, tomó un giro alarmante. No podía suceder otra cosa con jóvenes tropas reunidas al acaso y á toda prisa, mal instruidas, incapaces de soportar las duras fatigas de la guerra y que hacia tres semanas sufrían las mayores privaciones que jamás ha podido sufrir un ejército.

Con efecto, los víveres faltaban completamente. El soldado careciendo de pan, vivía como podía, calzado con zuecos ó con zapatos agujereados y cubierto de harapos que no le resguardaban de un frío horroroso. Por todas partes nieves y hielos; los caminos estaban casi impracticables para los trasportes. Era lamentable, y la desmoralización hacia progresos. Según refiere un oficial de estado mayor, un puñado de hulanos que llegaron á Frosnes hicieron que se rindiese el batallón de los Pirineos Orientales, de la división Seghars que volvia de las avanzadas; y viéndose salvados por algunas compañías del 83º, aquellos soldados no querían volver á tomar las armas diciendo que preferían ser prisioneros á sufrir tan horribles penalidades.

En tales condiciones, muy luego la retirada se cambió en derrota, al menos relativamente al grueso del ejército que marchaba por el camino de Saint-Laurent á Saint-Claude. Afortunadamente no sucedió lo mismo con la otra parte (la división Cremer), que mejor dirigida y mandada, se replegó lentamente por Mòrez, interpuso hábilmente entre el enemigo el fuerte de Rousses, y llegó pacíficamente á Gex y á Bourg.

C. P.

Revista de Paris.

Estamos en plena crisis política. Los parisienses aplican el oído á las noticias de Versalles, la Bolsa baja, y de tiempo en tiempo circulan rumores de un carácter alarmante. El « pacto de Burdeos » ó « la tregua de los partidos » como dice M. Thiers, corre un peligro inminente: el edificio provisional tiembla fuertemente sobre sus frágiles bases. La conmoción ha sobrevenido de súbito, sin indicios precursores. Es de creer que así lo exige el estado de las cosas, puesto que esta vez no proviene el movimiento del campo radical, sino al contrario, del campo de los conservadores, que dividido hasta el día en diferentes fracciones, tiende á unirse hoy firmando un programa, en el que se asegura que el único gobierno que conviene á la Francia, es la monarquía tradicional y parlamentaria.

No nos equivocamos: decimos la monarquía tradicional y parlamentaria, y estos dos términos que á primera vista parecen excluirse, son los que reunidos han operado el milagro político de fusionar al centro derecho y á la derecha de la Asamblea, esto es, á los monárquicos constitucionales y á los que militan en las filas donde ondea la bandera blanca.

Fácil es concebir las consecuencias de esta fusión que amenaza tan de cerca al sistema actual, que llaman la República sin republicanos. Habíase creído que excluidos los republicanos del gobierno, podía fácilmente aclimatarse una República servida por monárquicos de buena voluntad y llenos de abnegación para prescindir en bien de la patria de sus convicciones de toda la vida; pero ni esta circunstancia que, sin embargo, nos parece de mayor cuantía para que se den por satisfechos los enemigos de la democracia, tiene fuerza bastante; es preciso pues, que desaparezca la palabra despues de haber desaparecido del gobierno, ó poco menos, los hombres que la representan, y que en su lugar se proclame la nueva monarquía tradicional y parlamentaria.

De todos modos, aun cuando el acuerdo sea ya efectivo, y la fusión esté hecha, como dicen y repiten los entusiastas, la tarea dentro de la Cámara no será fácil. Es cierto que el manifiesto de la derecha, que se firma en el día, con el consentimiento, á lo que aseguran, del conde de Chambord y del duque de Aumale, podrá reunir hasta 400 firmas; pero en una Asamblea que cuenta hasta 750 miembros, esta mayoría no es considerable en una cuestión constitucional de tan graves consecuencias para la Francia. Sin duda lo reconocen así los mismos firmantes, puesto que afirman en el documento que aun no ha visto la luz y que solo conocemos en sustancia por los diarios oficiosos, que no tratan de abreviar la duración del estado de cosas provisional fundado en Burdeos y consolidado en Versalles; sino de prepararse para el caso en que M. Thiers presente otra vez su dimisión, esto sin contar con que un día ú otro, lo provisional ha de tener un término, y en esta previsión la mayoría quiere encontrarse unida y dispuesta para todas las eventualidades.

No es aquí ocasión de extendernos acerca de la nueva situación que va á crear al país la actitud de la Cámara; nuestra tarea no alcanza á tanto y si tratamos de cuestiones políticas en estas crónicas, es porque la política en el día de hoy tiene un influjo muy directo en las cosas parisienses. ¿Cómo no sería así? Los acontecimientos de que ha sido teatro esta ciudad han dejado en la población un sentimiento de vivísima alarma. Todo es motivo de inquietud y de zozobra, una comedia de costumbres políticas, como la de Sardou; el entierro de un diputado imperialista como M. Conti, que reúne una concurrencia numerosa y simpática, las recepciones de los domingos en casa del duque de Aumale, que provocan en la calle manifestaciones hostiles; ¿qué mucho pues, que en una situación semejante la noticia de la fusión de los partidos monárquicos en la Asamblea haya venido á poner el colmo á las ansiedades en que viven los parisienses?

Por supuesto que entre tanto aquellas discusiones económicas que reclama tan imperiosamente el estado del Erario se hallan olvidadas. Las sesiones son insignificantes: todo el interés se encuentra en las noticias que vienen de Amberes, donde parece ha fijado su corte provisional el conde de Chambord, y en los contraproyectos que se atribuyen á los radicales para la consolidación de la República, con M. Thiers de presidente vitalicio y la renovación parcial de los diputados.

Tanto es así, que hasta la generosa iniciativa que han tomado los particulares para hacer una suscripción con el fin de contribuir á pagar el resto de la indemnización de guerra, se halla entregada á sí misma, sin que el gobierno ni la Asamblea hayan fijado hasta ahora su atención en los infinitos planes y combinaciones que ha producido. Ahora bien, sin este complemento, es decir, sin un proyecto de empréstito ó de contribución presentado por el

gobierno, es de temer que los resultados de la suscripción pública no correspondan al objeto, pues no puede suponerse que den de sí la enorme cantidad de millones que se necesitan para que el territorio francés se vea por fin libre de prusianos.

Y sin embargo, las notas que publican los periódicos nos demuestran que el movimiento patriótico es grande en toda Francia.

Hay donativos cuantiosos, hasta de un millón de francos por una sola persona. Lo que mas abunda son los condicionales. Pongamos un ejemplo, elegido entre muchos de mayor ó menor cantidad que tenemos á la vista.

M. E. J. Albert, 99, boulevard Haussmann, se compromete á entregar 25,000 francos inmediatamente; otros 25,000 en cuanto llegue la suscripción á 200 millones, otros 25,000 en cuanto llegue á 300 y otros 25,000 en cuanto haya llegado á 800 millones.

Por punto general todas las suscripciones, grandes y pequeñas, se hacen del mismo modo.

¿No debería el gobierno fomentarlas, si no considera oportuno aprovechar el momento para pedir de una manera ú otra la suma de los 3,000 millones que debe satisfacer á la Alemania?

En Paris hay muchas suscripciones por cantidades crecidas; pero la masa de la población se abstiene hasta ahora, sin duda porque las excitaciones indirectas no bastan.

En los departamentos hay ciudades que se distinguen.

La suscripción de Nancy llega ya á dos millones.

En Sedan se han recogido 250,000 francos.

En Reims pasan las ofertas de dos millones.

Veinte y siete miembros del comité del Havre han suscrito 507,600 francos, de los cuales entregan 118,100 sin condiciones.

En Ham las suscripciones se elevan á 200,000 francos.

En Rodez, ciudad de 12,000 almas, suscribieron 20,000 francos el primer día.

Las señoras de Metz han enviado al comité general 100,000 francos recogidos en algunos días, acompañando la ofrenda con una carta en donde expresan con noble entereza su acendrado amor á la Francia.

Casi todos los arzobispos y obispos han recomendado la suscripción, y ya se ha comenzado á pedir para ella en las iglesias.

Nuestras indicaciones son incompletas, porque aun no se han publicado las listas de suscripción; pero los datos que anteceden ponen de manifiesto que el impulso es general y que por lo tanto, se ofrece al gobierno una ocasión, que es inmejorable. Nadie duda que, mediante un empréstito que ayudara á la suscripción, se recogerían en breves días los 3,000 millones de francos.

Verdaderamente es prodigiosa la riqueza de esta nación. Abatida por tantos males, cuando todo el mundo ha sufrido pérdidas y se está aun tan lejos de la prosperidad de que se disfrutaba antes de la guerra, no solo se encuentran recursos para contribuir á las cargas del Estado, sino que sobra el dinero para las adquisiciones de objetos de arte, lo mismo que en los tiempos mas bonancibles.

Esta reflexión se ocurre cuando se recorren los anuncios de ventas públicas.

En la última semana se ha vendido en el hotel Drouot una colección de 65 cuadros pertenecientes al baron de Tretaigne, casi todos ellos modernos y de pequeñas dimensiones, alcanzando precios verdaderamente exagerados. Por término medio han salido á mas de 7,000 francos cada uno.

Pero esto no es nada comparado con lo que sin duda nos espera relativamente á la biblioteca del difunto marqués de Morante, bien conocida de los bibliófilos españoles.

Solo una parte de esta gran biblioteca ha venido á Francia: unas 2,000 obras que representan cuando mas 4,000 volúmenes; pero ¡qué de riquezas! Puede decirse que ni uno solo de estos libros carece de un mérito excepcional, no hay uno solo que no sea una preciosidad bibliográfica.

El domingo último visitábamos la colección expuesta á la curiosidad pública mientras llegan los días de la venta en el hotel Drouot, teniendo en la mano el catálogo de 352 páginas impreso por el editor Bachelin Desfloré y al que precede una noticia biográfica escrita por el señor Barbieri, el maestro compositor de tan merecida y justa fama, que es á la vez un erudito y uno de los primeros fundadores de la Sociedad de Bibliófilos españoles. La noticia es interesante, tanto mas cuanto la existencia del marqués de Morante era muy poco conocida fuera del círculo de sus amigos y admiradores.

Nacido en Méjico el 6 de setiembre de 1808, de padres españoles, don Joaquin Gomez de la Cortina, marqués de Morante, hubo de dejar siendo niño el país de su nacimiento, donde su señora madre habia fundado los primeros establecimientos de las hermanas de la Caridad de San Vicente de Paula, á cuya obra filantrópica consagró una suma de 162,000 pesos. Sus estudios fueron brillantes. Doctor en leyes y en cánones, llegó á ser rector de

la Universidad de Madrid, senador del reino, gran cruz de distintas órdenes, etc.

A todo esto su pasión por los libros, de la que dió pruebas desde su más tierna edad, vino á ser el único cuidado de toda su vida, tanto que llegó á hacer dimisión de todos sus cargos públicos, para consagrarse exclusivamente á su biblioteca. Su fortuna considerable de 25,000 duros de renta le permitía hacer las mejores adquisiciones en España, y sobre todo en el extranjero, y así logró reunir hasta 25,000 obras, ó sean más de 120,000 volúmenes.

Tres salas magníficas de pavimento de mármol, y una de ellas con una galería circular, encerraban su inmensa colección de libros.

Curiosa es por demás la pintura que hace el señor Barbieri del marqués de Morante, encerrado siempre en su biblioteca conversando en latín con sus amigos sobre materias literarias y filológicas. Su memoria era prodigiosa, y muy pagado de su talento no sufría las contradicciones; antes que darse por vencido, cuando se trataba de alguna cita, era capaz hasta de alterar los textos.

Grande, en efecto, debía ser la ciencia de un hombre que pasaba la vida en la lectura de tantas obras maestras.

En el catálogo que tenemos á la vista encontramos cincuenta y cinco ediciones de Horacio, veinte y ocho de Virgilio, veinte de Marcial, lo que prueba su afición particular á los principales autores latinos.

Los poetas latinos modernos abrazan 200 números.

Hay ediciones únicas en diferentes lenguas, de clásicos griegos y latinos, manuscritos con miniaturas, y una serie de libros heterodoxos todos curiosísimos.

Por último, lo que llama principalmente la atención en esta imponderable biblioteca, es la encuadernación: es imposible dar idea de semejantes tesoros.

Se ven encuadernaciones francesas del mayor mérito; encuadernaciones históricas que han pertenecido á papas, emperadores, reyes, reinas, príncipes, princesas, cardenales, hombres de Estado y encuadernaciones procedentes de bibliófilos famosos. La mayor parte de ellas son francesas; pero las hay también españolas, italianas y algunas alemanas, antiguas y modernas.

Vemos pues, que la colección del marqués de Morante no es una de esas librerías vulgares que de tiempo en tiempo salen á subasta, sino una biblioteca de preciosidades, única en su género.

Hé aquí las divisiones que ofrece la tabla especial del catálogo, que es ya por sí una curiosa obra por las anotaciones que acompañan á los números:

- I. Manuscritos.
- II. Libros iluminados.
- III. Libros impresos en pergamino.
- IV. Ejemplares únicos.
- V. Ediciones raras ó no citadas.
- VI. Primeras impresiones de varias ciudades.
- VII. Libros con figuras grabadas en madera ó en cobre, con la lista de los grabadores.
- VIII. Libros procedentes de bibliotecas de reyes, reinas, príncipes, princesas, personajes y bibliófilos célebres.
- IX. Libros con firmas ó notas autógrafas.
- X. Encuadernaciones de gran lujo ó curiosas.

Tal es el fragmento de la biblioteca del marqués de Morante, expuesto en las salas del hotel Drouot, y que se van á disputar esta semana los aficionados.

Su nombre es tan conocido entre los bibliófilos, que el domingo último, al primer anuncio de la venta, acudieron ya los bibliófilos parisienses con el ardor del soldado valeroso que se dispone á la pelea. Reñida será si no nos engañamos, y ya señalaremos á nuestros lectores sus más interesantes peripecias.

Poco espacio nos queda para los teatros; sobre todo cuando nos corresponde dar cuenta de la representación de *Ruy Blas*, en el Odeon, que ha tenido toda la importancia de un gran acontecimiento literario; pero lo haremos en nuestra próxima revista. Bástenos hoy consagrar el nuevo y brillante triunfo de la antigua obra maestra de Victor Hugo.

Sin embargo, no terminaremos sin dar una noticia.

Está para abrirse el teatro Italiano, habiendo pasado á otras manos su dirección. M. Verger es el nuevo empresario, y sus condiciones especiales de agente teatral que ha sido y es durante tantos años, así como su inteligencia y conocimiento de todos los artistas líricos que hay en el mundo, nos hacen augurar desde ahora brillantes resultados para el público y para la empresa. Se citan ya nombres de celebridades para la compañía que ha de actuar en la temporada presente de marzo á fin de mayo; pero próximo á publicarse el programa, esperaremos á tenerle á la vista á fin de poder hablar con entero conocimiento, y entre tanto felicitaremos al señor Verger que en las circunstancias actuales ha tomado sobre sí tan escabrosa empresa, deseándole un éxito correspondiente á todas sus esperanzas.

MARIANO URRABIETA.

La cuestión del Alabama.

Otro punto negro acaba de aparecer en el horizonte de la política internacional, con motivo del interminable asunto de las reclamaciones del *Alabama*, que se consideraba ya como arreglado.

Haremos brevemente la historia del asunto.

Sabido es que cuando estalló en América la guerra separatista, la Inglaterra reconoció al instante á los del Sur como beligerantes por mar, aunque todavía no poseían ningún buque; y sabido es también que los corsarios *Alabama*, *Nashville*, *Florida*, *Retribucion*, etc., construidos, equipados y armados por los sudistas en los puertos ingleses, se escaparon de estos puertos con el consentimiento ó sin él, del gobierno de la Gran Bretaña, y causaron grandes perjuicios á la marina mercante americana.

El gobierno de Washington no cesó de reclamar en vano durante la guerra, contra aquellos actos que, una vez concluida la lucha, provocaron en América una verdadera explosión de la opinión pública: M. Sumner en la tribuna del Senado fué su elocuente y fogoso intérprete. Entabláronse entonces negociaciones entre los dos gobiernos, y á consecuencia del debate se reunió en Washington á principios del año último una alta comisión mixta para examinar y tratar de arreglar la contienda.

Los americanos sentaron en la conferencia el principio de que la Inglaterra no había observado estrictamente con ellos sus deberes de neutralidad; y después establecieron que los corsarios que fueron preparados, armados ó abastecidos en los puertos de la Gran Bretaña y los actos que cometieron, habían ocasionado á los Estados Unidos pérdidas directas importantes, por la persecución que hubo que emprender contra los corsarios, por la prolongación de la guerra que fué su consecuencia, y en fin, por la necesidad en que se vió la marina mercante americana de pasar bajo pabellón inglés. De aquí sacaban en conclusión que la Inglaterra era justamente responsable de aquellas pérdidas y debía pagar á los Estados Unidos una suma que se determinaría posteriormente.

Los comisarios ingleses, aunque negándose á admitir que la Gran Bretaña fuera justamente responsable de las mencionadas pérdidas, respondieron que á fin de mantenerse en buenas relaciones con los Estados Unidos, adoptaría el principio del arbitraje con tal de que pudiera encontrar un árbitro conveniente y que «lograran entenderse sobre los puntos á que se aplicaría el arbitraje.»

Estas conferencias dieron por resultado el tratado de Washington, firmado el 8 de mayo de 1871, y en cuya virtud se establecía el tribunal de arbitraje encargado de pronunciar sobre todas las reclamaciones de los Estados Unidos.

Este tribunal arbitral constituido en Ginebra se compone de cinco individuos, á saber: sir Alejandro Cockburn, lord presidente del Banco de la Reina y primer juez de Inglaterra, nombrado por la reina de la Gran Bretaña; M. Carlos Francisco Adams, representante en Londres, nombrado por el presidente de los Estados Unidos; el conde Sclopis, senador italiano y uno de los jurisconsultos más distinguidos de Europa, nombrado por el rey de Italia; M. Santiago Stœmpfh, ex-presidente de la Confederación suiza y en la actualidad individuo del Consejo de Estado, nombrado por el presidente de esta Confederación, y el baron de Itapiba, enviado actual del Brasil en París, nombrado por el emperador del Brasil.

Cada gobierno está representado por un agente con plenos poderes. M. F. C. Bancroft Davis, secretario de los Estados Unidos en la comisión mixta de Washington, y subsecretario de Estado que ha sido, representará á los Estados Unidos. Lord Tenterden, secretario de Inglaterra en la comisión mixta y auxiliar del subsecretario del ministerio de Negocios extranjeros, representará al gobierno inglés.

M. Alejandro Favrot de Berna, ha sido designado por los árbitros para desempeñar el cargo de secretario del tribunal.

En la conferencia preliminar celebrada en Ginebra el 13 de diciembre último, los agentes presentaron las Memorias de sus respectivos gobiernos. Sabido es que la Memoria de Inglaterra ha sido redactada por lord Hatherley, presidente del Supremo Tribunal de Cancillería, por lord Tenterden y M. Mountagu Bernard, eminente profesor de derecho internacional en Oxford y uno de los individuos de la comisión mixta de Washington. M. Bancroft Davis ha redactado la Memoria de los Estados Unidos.

Se dice que se ha acordado en Ginebra no celebrar ninguna conferencia más hasta junio, á menos que alguno de los agentes solicite una convocación general. Con arreglo al tratado, el cange de segundas Memorias de ambos gobiernos debe efectuarse en abril; sin embargo, el secretario ha sido autorizado para admitir desde ahora esos documentos.

El abogado asesor del gobierno inglés es sir Roundell Palmer, y los del gobierno norte-americano, M. Caleb Cushing, M. William Everts y M. Morrison Waite.

El tratado autoriza además á las partes á presentar argumentos de viva voz sobre los puntos que indiquen los árbitros.

Para que puedan juzgar nuestros lectores sobre los elementos del proceso, diremos que bajo el título de

Memoria de los Estados Unidos, presentada al tribunal de arbitraje reunido en Ginebra, el gobierno de los Estados Unidos acaba de publicar un grueso volumen relativo á las reclamaciones suscitadas por los actos del *Alabama* y otros cruceros de la marina confederada, durante la guerra separatista.

Todos los documentos oficiales relativos á este asunto figuran en este volumen que sale de la imprenta del gobierno americano y ha sido enviado á todos los miembros del cuerpo diplomático.

Encontramos, en primer lugar, el protocolo de las conferencias que han tenido lugar en Washington, y á continuación el texto de dicho tratado, publicado el año último.

Luego sigue una serie de documentos destinados á establecer: 1º los errores de la Inglaterra; 2º los perjuicios causados al comercio americano; 3º los derechos de los Estados Unidos para reclamar una indemnización.

El capítulo titulado: *Actitud malévolá de la Inglaterra*, presenta un interés notable. El redactor de la Memoria se dedica á demostrar que el gobierno inglés había reconocido á los antecitados como beligerantes desde los primeros días de la separación, y aun antes de conocer la proclamación del presidente Lincoln que establecía el bloqueo de las costas del Sur. En el curso de la discusión el gobierno de Su Majestad había afirmado, que al recibir la noticia de la proclamación del presidente, se había decidido á dar á los insurrectos del Sur los derechos de beligerantes. Los Estados Unidos se ven, pues, obligados á manifestar al tribunal de árbitros, que el gobierno de Su Majestad se equivoca sobre este punto:

«Antes de que hubiese ningún encuentro armado, el gabinete inglés y el gobierno del emperador de los franceses se habían entendido para asegurar la acción simultánea é idéntica de las dos potencias, relativamente á las cuestiones de América. El gobierno inglés podría, indudablemente, hacer conocer á los árbitros la fecha de este acuerdo; lord Russell lo comunicó á M. Dallas el 4º de marzo de 1861. Los Estados Unidos se pierden en conjeturar los motivos que pudieron decidir al gabinete inglés á semejante acto, á menos que dicho gobierno comprendiese que se trataba de tomar una determinación, no solo nociva, sino casi hostil á los Estados Unidos.»

El redactor nos dice luego que el 5 de mayo llegó á Liverpool el *steamer Persia* con noticias de Nueva York, y el 6 escribió lord Russell á lord Cowley diciéndole que el gobierno no había recibido noticias de lord Lyons, pues las comunicaciones estaban interrumpidas entre Washington y Nueva York. «En el mismo despacho se dice á lord Cowley que el gobierno de S. M. no puede titubear en reconocer el derecho de la Confederación en ser tratada como beligerante, y que debían concedérsele todas las prerrogativas á que le da derecho este título. Lord Cowley recibió orden de ponerse de acuerdo con el gobierno francés para marcar la línea de conducta que debían seguir respecto de los Estados Unidos.»

Atendidas estas instrucciones, lord Cowley se avisó con el ministro de Francia, y según las correspondencias publicadas, el tribunal debe concluir que los dos gobiernos decidieron obrar de concierto y considerar los pasos como válidos. Lord Cowley escribió en este sentido á su gobierno, y esta contestación llegó á la secretaría de Estado el 11 de mayo. Los Estados Unidos tienen, pues, el convencimiento de que hasta dicha época no habían recibido en el *foreign office* un texto correcto ó completo de la proclamación del presidente. «Era pues diez días después que lord Russell se había decidido á acordar á los insurrectos el derecho de beligerantes, ocho días después de someterse la cuestión á los consejeros legales de la corona. En la noche del 6 de mayo, lord Palmerston decía á la Cámara de los comunes:

«Nadie deplora más que yo las noticias recibidas de América en estos últimos días, pero el que no haya previsto hace años los sucesos que deploramos, es un político bien corto de vista y poco capaz de darse cuenta de la marcha que siguen los asuntos de este mundo. Desde que esta desgraciada querrela ha estallado entre las dos partes de los Estados Unidos, se ha hecho evidente que las causas de desunión eran muy profundas, para que la separación pudiese evitarse; claro era que de ambas partes estaban muy excitadas las pasiones para que la separación pudiese efectuarse sin lucha.»

Después de citar más fechas y más detalles en prueba de la aseveración emitida, el redactor entra en las siguientes consideraciones:

«Al pasar en revista la conducta de Inglaterra, los Estados Unidos no se proponen poner en duda el derecho soberano que aquella potencia tenía de decidir si los hechos motivaban semejante reconocimiento. Pero, aunque manteniendo enérgicamente los derechos de soberanía nacional, afirman también que, *la equidad de este acto depende de la ocasión y circunstancias que pueden asignarse al derecho soberano de declarar la guerra; la práctica y la regla moral impuestas por el derecho público exigen que se haga deliberadamente á tiempo oportuno y teniendo en cuenta el estado de cosas existente*. De este punto de vista en que se han colocado los Estados Unidos, no sin experimentar un profundo y sincero sentimiento, se ven obligados á concluir que el gobierno de S. M. estaba inspirado entonces por un sentimiento razonado de malevolencia contra ellos.»

Algunas páginas después, declara que lord Cowley hizo saber el 19 de mayo ó lord Russell que el gobierno del emperador pensaba exactamente como el de Su Majestad, y que se uniría á él, con el fin de obtener de los beligerantes, si posible fuese, el reconocimiento formal de los artículos 2 y 3 de la Declaración de París.

La Memoria encuentra otras pruebas del sentimiento de malevolencia que animaba á los miembros del gabinete inglés, en varios discursos pronunciados por ellos en las Cámaras, y que extracta in extenso. Luego termina el capítulo con las importantes palabras que siguen:

«... En este sentido demandan los Estados Unidos que el tribunal se sirva de las pruebas citadas *ut supra*, relativas á la falta de sinceridad en el cumplimiento de sus deberes de neutro que mostró el gabinete británico de aquella época. Cuando vemos que los principales jefes del gobierno se entienden previamente con el emperador de los franceses, con el fin de concertar una acción común; cuando dan su asentimiento á la declaración de un estado de guerra entre los Estados Unidos y los insurrectos antes de poder conocer las intenciones del gobierno federal; cuando el secretario de Estado aconseja á los agentes insurrectos sobre la política que deben seguir para obtener el reconocimiento de su independencia, y que al mismo tiempo el gabinete inglés se niega á esperar la llegada de un ministro que goza de toda la confianza de los Estados Unidos, para decidir si conferirá á los rebeldes el título de beligerantes; cuando vemos á ese mismo gabinete abrir negociaciones por medio de su representante del gobierno de S. M. en Washington, con personas en rebelion contra los Estados de la Con-



M. Sumner, miembro del Senado de los Estados Unidos, uno de los promovedores de la cuestion anglo-americana.

federacion; cuando vemos al gobierno británico hacer comentarios sobre los esfuerzos de los Estados Unidos para suprimir la insurreccion, indicando un vivo deseo de ver frustrados estos esfuerzos, nos es permitido suponer que cuando se pida á ese gobierno hacer ciertos actos que podrian producir resultados contrarios á los deseos y convicciones formuladas por él, discutirá, titubeará, aplazará y no hará nada. En efecto, su conducta debia ser y ha sido tal, como se halla descrita en otro lugar.»

La segunda parte de la Memoria está consagrada al exámen de las obligaciones que la Gran Bretaña, como potencia neutra, habria debido ejecutar en los Estados Unidos.

La Memoria entra en largos detalles sobre la construccion de los corsarios confederados la *Florida* y el *Alabama*, etc. Luego añade:

«Llegamos al momento en que los Estados Unidos se encontraban en posicion de demostrar con certitud todo lo que M. Adams habia representado á lord Russell, respecto de la conducta de los insurrectos en Liverpool; pudieron colocar en manos del gobierno de Su Majestad los libros que debian conducirle al descubrimiento de todas las violaciones de la soberania británica, de todas las desventajas hechas á los Estados Unidos en el territorio inglés, de las que ya hemos hablado.»

» El 19 de enero de 1863, M. Seward remitió á M. Adams la copia de una correspondencia culpable que existia entre los insurrectos de Richmond y sus agentes, y el 9 de febrero, M. Adams la remitió á lord Russell con una nota en la que decia: «Estas pruebas revelan la existencia de un plan que tiene por objeto establecer en los limites de este reino un sistema de accion en hostilidad directa con el gobierno de



El Capitolio, palacio de la representacion nacional en Washington.



WASHINGTON. — Sesión de la comisión anglo-americana nombrada para arreglar las reclamaciones relativas al Alabama.

los Estados Unidos. Comprende la construcción y equipo de buques de guerra, aunque estas operaciones se hagan bajo la vigilancia de agentes provistos de una autorización especial; pero no es todo: se preparan bajo los mismos auspicios medidas que tienden á obtener de los vasallos de S. M. los recursos pecuniarios indispensables para la ejecución de dichos proyectos hostiles. El conjunto de estos documentos prueba de un modo concluyente que las personas que toman parte en estos actos no han hecho caso alguno de la neutralidad impuesta por la reina desde la ruptura de las hostilidades, y que, en lo que de ella depende, el reino de S. M. debe servir sus designios hostiles contra una nación con la que la Inglaterra está en paz.»

» Lord Russell tardó un mes en responder á esta comunicación, y lo hizo diciendo que los documentos mandados por M. Adams probaban solamente que los agentes llamados de los Estados confederados, establecidos en Inglaterra, habían recibido instrucciones con el fin de obtener lo que antes se ha indicado; pero que dichos documentos no contenían prueba alguna que permitiese someter los agentes á la acción de los tribunales ingleses.»

Después de haber recordado las negociaciones entabladas entre los dos gobiernos respecto de los hechos de los corsarios y de las negativas opuestas por el gabinete de Londres á las reclamaciones del de Washington, la *Memoria* opone en los términos siguientes la conducta de la Francia á la de la Inglaterra:

« Pero los preparativos de los insurrectos no se detuvieron en Liverpool, y el capitán Bullock firmó el 16 de abril de 1863 un contrato *por orden y cuenta de sus mandatarios*, con M. Luciano Armand, armador de Burdeos.

» M. Armand se comprometía á construir cuatro steamers de la fuerza de 400 caballos, y debían estar dispuestos para recibir 10 ó 12 cañones. Como era necesario obtener la autorización del gobierno para armar semejantes buques en territorio francés, M. Armand declaró que estaban destinados á establecer comunicaciones regulares entre Shanghai, Yedo y San Francisco, por el estrecho de Van Diemen, añadiendo que serían vendidos al imperio chino ó al del Japon, si la ocasión se presentaba. Se firmó después otro contrato, y se dice que M. Bullock pagó á M. Armand 3,280,000 francos. Uno solo de estos buques fué propiedad de los insurrectos, y aun este lo obtuvieron por fraude. Tal vez convenga al tribunal la historia de estos contratos y la conducta observada por el gobierno francés.

» La autorización obtenida por MM. Armand y Vorus, y las operaciones del primero en ejecución del contrato del 15 de abril, eran desconocidas del ministro de Negocios extranjeros. Cuando se las comunicó á M. Drouyn de Lhuys, el ministro de los Estados Unidos en París tomó al punto medidas para impedir una violación de la neutralidad francesa. Y se retiraron las autorizaciones concedidas á MM. Vorus y Armand, sin que todos los esfuerzos de estos por volverlas á obtener fuesen favorables á su deseo.

» La conducta seguida por Francia respecto de estos buques (termina la Memoria) forma un contraste marcado con la observada por Inglaterra en el caso del *Alabama* y de la *Florida*.»

La presentación de esta Memoria ha dado origen al conflicto pendiente. Los americanos no abandonan sus pretensiones ni sobre los perjuicios directos ni sobre los indirectos. De aquí la emoción en Inglaterra, las protestas de la prensa, las reclamaciones del gobierno. En esto estamos: ¿el gobierno inglés se inclinará ante el fallo del tribunal de Ginebra si se pronuncia contra él? No se puede saber hasta junio próximo.

C. P.

Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CÁRLOS DICKENS.

(Continuación. — Véase el número 998).

Le pusieron el pié sobre el yunque, pero aun allí dominaban sus gritos el estruendo de los martillos y los murmullos de la multitud indignada.

Decía que estaba enterado del nacimiento de Hugo... que su padre vivía y era un noble de una categoría muy distinguida... que poseía secretos importantes de familia... que no podía revelarlos si no le daban tiempo y que le obligarían á morir con un gran peso en la conciencia. Finalmente, cesó de gritar cuando le faltó la voz y cayó como un fardo de ropa sucia en los brazos de los que le sujetaban.

En aquel momento se oyó la primera campanada de las doce en el reloj de la iglesia, y principió á sonar la campana de la cárcel.

Los diferentes empleados de la misma con dos mi-

nistriles á la cabeza se pusieron en marcha hácia la puerta, y todo estaba dispuesto cuando vibró la última campanada del reloj.

Preguntaron á Hugo si tenía que declarar alguna cosa.

— ¿Qué he de declarar? respondió. Nada, nada... estoy dispuesto. ¡Ah! pero sí, añadió mirando á Bernabé, tengo que decir algo. Ven aquí, muchacho.

Presentó en aquel momento una expresión de bondad y hasta de ternura en desacuerdo con su rostro hosco y brutal cuando cogió de la mano á su pobre amigo.

— Hé aquí lo que tengo que decir, continuó lanzando una mirada firme en torno suyo. Aun cuando tuviera diez vidas que perder y la pérdida de cada una de ellas me causara diez veces la agonía de la muerte mas dolorosa, se las daría todas, si, todas, señores, los que me miráis como si no me creyerais, se las daría las diez para salvar la que este va á perder por culpa mia, repitió estrechando la mano á Bernabé.

— No digas eso, no es por culpa tuya, dijo el idiota con dulzura. ¿De qué puedo quejarme? Siempre has sido muy bueno para mí... Hugo, ahora vamos á ver por fin lo que hace brillar las estrellas.

— Se lo robé á su madre por sorpresa, sin saber que había de resultar tanto mal, dijo Hugo poniéndole la mano sobre la cabeza y hablando con un tono de voz menos elevado. Suplico á esa pobre mujer que me perdone, y te lo suplico á tí también, Bernabé. ¡Mirad! ¿Veis ese muchacho? añadió con energía.

— Sí, sí, murmuraron todos sin saber el motivo de esta pregunta.

— Ese caballero... é indicó al sacerdote... me ha hablado varias veces en estos últimos días de fe y de firme creencia... Soy un irracional mas que un hombre, me lo han dicho con razon mas de una vez... Pues bien, á pesar de ser lo que soy, tenía bastante fe para creer, y lo he creído tan firmemente, señores, como cualquiera de vosotros puede creer alguna cosa, que á este muchacho le perdonarían la vida.

Bernabé había dado un paso hácia la puerta donde estaba en pié haciéndole señas para que le siguiera.

— Si esto no era fe, si esto no era una firme creencia, dijo Hugo con el brazo tendido y alzando los ojos al cielo en la actitud de un profeta salvaje á quien la proximidad de la muerte ha llenado de inspiración fatídica, en tal caso no sé que pueda existir fe ni creencia. ¿Qué otro sentimiento podía enseñarme... con un nacimiento como el mio y una educación como la que he recibido, á esperar aun piedad en este sitio bárbaro, cruel y desapiadado? Yo, que nunca he juntado las manos para orar, invoco sobre esta carnicería humana la cólera de Dios. Sobre ese árbol de luto del cual voy á ser el fruto maduro colgado de la rama que me espera, llamo la maldición de todas sus víctimas pasadas, presentes y venideras sobre la cabeza del hombre que en su conciencia sabe que soy su hijo, y pido á Dios que no muera en su blando lecho sino de muerte violenta como yo y que no le llore en sus funerales mas que el viento de la noche. ¡Así sea! ¡Así sea!

Su brazo volvió á caer y se dirigió con paso firme hácia la puerta.

Era ya el mismo hombre que antes.

— ¿Nada mas teneis que decir? preguntó el alcaide.

Hugo hizo seña á Bernabé, pero sin mirarle, de que no se acercase á él, y respondió:

— Nada mas. ¡Sigamos adelante! A no ser, repuso mirando en pos de sí con viveza, que alguno de vosotros quiera un perro, pero con condicion de que lo ha de tratar bien. Tengo uno que me pertenece en la casa de donde vengo, y será difícil encontrar otro mejor. Tal vez al principio gruñirá, pero amaré muy pronto al que lo admita. Os asombrará sin duda que piense en un perro en un momento como este, añadió riendo; pero ¿qué quereis? Si conociera un hombre que lo mereciera como él, no pensaría en el perro.

No pronunció mas palabras y fué á ocupar su puesto con indiferencia, aunque escuchando el oficio de difuntos con atención sombría ó con una curiosidad vivamente excitada.

Luego que pasó por la puerta, se llevaron á su miserable compañero de suplicio... y la multitud vió lo demás.

Bernabé hubiera subido con gusto al cadalso al mismo tiempo que ellos... y hasta quiso pasar adelante, pero le contuvieron dos veces, porque debía morir en otro punto.

Algunos momentos después volvieron á aparecer los ministriles, y la procesion continuó su marcha al través de un gran número de pasillos y corredores para salir por la puerta donde esperaba el carro.

El idiota bajó la cabeza para no ver lo que sabía muy bien que sus ojos encontrarían, y se sentó tristemente, aunque con cierto orgullo y cierta alegría infantil... en el carro. Los ayudantes tomaron asiento al lado, detrás y delante, una partida de soldados cercó el vehículo, y se pusieron lentamente en camino al través de la apiñada muchedumbre para llegar á la casa convertida en ruinas de lord Mansfield.

Era triste ver todo aquel aparato, toda aquella fuerza desplegada, todas aquellas bayonetas centelleantes en torno de una criatura indefensa; pero era mas triste aun advertir cómo á lo largo del camino sus pensamientos vagos hallaban un consuelo y una distracción en las ventanas atestadas de curiosos y en la multitud que obstruía las calles, y cómo hasta en

aquel momento se mostraba sensible á la influencia del cielo azul cuya inconmensurable profundidad trataba de penetrar con la sonrisa en los labios.

Pero se habían visto tantas escenas parecidas desde que fué sofocado el motin, tantas escenas tiernas ó repugnantes, que muy pronto cesaron de despertar compasión por las víctimas; y la ley, cuyo robusto brazo, después de haber estado paralizado cobardemente durante el peligro, había descargado con tan bárbaro placer una vez pasado, no inspiraba ya el respeto que hubiese inspirado tal vez con algo mas de clemencia.

Dos cojos... dos niños, el uno con una pierna de palo y el otro arrastrando los miembros baldados con ayuda de una muleta, fueron ahorcados tambien en Bloomsbury-Square. Cuando el carro pasó por delante de la casa en cuyo saqueo habían tomado parte, se advirtió que volvían la cara á otro lado y prolongaron su angustia para reparar este olvido.

Ahorcaron además en Bowstreet otro jóven imberbe y dieron muerte á otros infelices, casi todos niños, en los diferentes barrios de la ciudad, así como á cuatro desgraciadas mujeres, de modo que los que ejecutaron como insurgentes no eran mas que niños, mujeres, mendigos, débiles y miserables. La sátira mas terrible que podría hacerse del fanatismo hipócrita que había servido de pretexto á todos estos males, es que cierto número de estos desgraciados declararon que eran católicos y pidieron sacerdotes de esta religion para que les auxiliasen en sus últimos momentos.

Ahorcaron en Bishopsgate-Street un jóven cuyo anciano padre con la cabeza canosa esperaba su llegada al pié del patíbulo para abrazarle, y se sentó en el suelo hasta que bajaron su cuerpo. Le hubieran entregado con gusto el cadáver de su hijo, pero no tenía ataúd ni carruaje para llevarse... ¡era muy pobre! y tuvo que contentarse con la satisfacción de ir al lado del carro que conducía á su hijo á la cárcel, esforzándose durante el camino en tocar al menos su helada mano.

Pero la multitud había olvidado estos detalles, ó si los recordaba, no hacia ya caso de ellos; y mientras una numerosa turba se empujaba, gritaba y reñía para acercarse al cadalso delante de Newgate para dar la última mirada antes de alejarse, había otra que seguía la escolta del pobre Bernabé para ir á aumentar la multitud que esperaba la víctima con impaciencia.

LXXVIII.

El mismo día, y casi á la misma hora, el tío Juan Willet estaba fumando sentado en su silla en un aposento del *Leon Negro*.

Aunque el calor era intenso, el tío Juan estaba junto á la chimenea abismado en profunda meditacion, entregado á sus propios pensamientos, en cuyo caso no dejaba nunca de tostarse la cabeza inclinada sobre el fuego, persuadido de que este medio era favorable para poner en funcion sus ideas, que cuando principiaba á cozer á fuego lento, manaban algunas veces bastante copiosamente para asombrarse á sí propio.

Mil y mil veces le habían asegurado sus amigos y conocidos para consolarle que, el expediente mas fácil para recuperarse de los daños y perjuicios que le había causado el saqueo del Maypole seria recurrir á la beneficencia del condado; pero como este medio le parecia indigno porque equivalía á pedir una limosna, el tío Juan no veía en estos pretendidos consuelos mas que un pauperismo disfrazado, sobre mayor escala tal vez, pero que no era mas que la publicación de su ruina y su deshonra. Así pues, siempre había recibido estos consejos con un movimiento de cabeza doloroso ó abriendo unos ojos de á palmo, de modo que se le veía mas melancólico después de una visita de pésame que veinte y cuatro horas antes.

Dió sin embargo la casualidad de que encontrándose sentado al fuego en esta ocasion particular, ora estuviese ya, por decirlo así, tostado á punto, ora se hallase en un estado intelectual mas lúcido de lo de costumbre, ora por una feliz cooperacion de estas dos circunstancias combinadas, dió pues la casualidad de que el tío Juan distinguiese á lo lejos, en la profundidad mas remota de su cerebro, una especie de idea oculta ó de débil probabilidad de que tal vez podían sacarse del tesoro público fondos aplicables á la regeneracion del Maypole para hacerle recobrar su antiguo esplendor entre todas las posadas de la Gran Bretaña. Y este rayo misterioso de luz incierta aun, brotó tan atinadamente dentro de él, que acabó por tomar consistencia y por iluminarle con un pensamiento claro y visible á sus ojos como la llama junto á la cual estaba sentado. Finalmente, convencido de que le pertenecían los primeros honores de este descubrimiento, y de que era él quien había levantado, apuntado, cazado y cogido de un tiro certero en la cabeza una idea completamente original que no se había presentado hasta entonces á hombre alguno muerto ó vivo, dejó la pipa para frotarse las manos y se rió á carcajadas.

— Muy alegre estais hoy, padre, dijo José que entraba en aquel momento.

— No ocurre nada de particular, dijo el tío Juan que continuó riendo con gusto, nada de particular, José. Ea, cuéntame alguna cosa de tu Sábana.

Y después de expresar este deseo, el tío Juan tuvo un tercer acceso de risa, é interrumpió estas demostraciones joviales que no eran propias de su carácter volviéndose á poner la pipa en la boca.

— ¿Qué queréis que os cuente, padre? respondió apoyando su mano en el hombro del posadero y mirándole á la cara con cariño. ¿No veis que he vuelto tan pobre como partí? Eso no es nuevo para vos. ¿Queréis que os diga que he vuelto con un brazo menos? Tampoco eso es nuevo para vos.

— Se lo cortaron, murmuró el tío Juan con los ojos fijos en el fuego, en la defensa de la Sábana, en América, en el país que está en guerra.

— Sí, eso es, repuso José sonriéndose y apoyándose sobre el codo que le quedaba en el respaldo de la silla de su padre. Precisamente acerca de este punto venía á hablar con vos. Un hombre que no tiene mas que un brazo, no puede servir de gran cosa en la actividad general de este mundo.

Esta proposición era uno de los vastos problemas sobre los cuales no habia reflexionado nunca el tío Juan y que merecía una madura deliberación, por lo cual no contestó.

— En todo caso, continuó José, no es libre de tomar y elegir sus medios de existencia como otro cualquiera. No puede decir: « Me dedicaré á esto, » ó « No quiero emplearme en aquello, » sino que es forzoso que tome lo que encuentre y que se dé por muy contento con lo que le presentan. ¿Qué tal? ¿He dicho algo?

El tío Juan acababa de repetirse en voz baja con expresión meditabunda las palabras: « Defensa de la Sábana, » pero se turbó al parecer viendo que le habian oído, y respondió: « Nada. »

— Escuchadme pues, padre, con atención. El señor Eduardo ha vuelto á Inglaterra de las Indias occidentales. En la época en que le perdieron de vista, ya sabeis, padre, que era el mismo día en que yo huía, hizo un viaje á una isla de aquel país donde estaba establecido uno de sus compañeros de colegio. Cuando le encontró no se creyó deshonrado aceptando un empleo en sus posesiones, y... en una palabra, hizo muy pronto negocio, prosperó en grande y ha venido á Inglaterra con el propósito de volver á partir. Es una fortuna que hayamos venido juntos y que nos hayamos encontrado en los días de revolución, porque no solamente se nos presentó la ocasión de prestar un servicio á antiguos amigos, sino que esta circunstancia me ha proporcionado la ventaja de salir de apuros sin servir de gravámen á nadie. En una palabra, padre, puede darme ocupación, y como estoy seguro de que puedo serle útil voy á dedicar mi único brazo á su servicio para sacar de él el mejor partido posible.

A los ojos intelectuales del tío Juan Willet las Indias occidentales, ó mas bien, todo país extranjero, solo estaban habitadas por naciones salvajes que pasaban el día enterrando la pipa de la paz, blandiendo las lanzas y cubriéndose el cuerpo de pinturas las mas horribles y extrañas. Así, pues, apenas oyó esta declaración cuando se arrellanó en la silla, se quitó la pipa de la boca, y fijó en su hijo unos ojos tan espantados como si acabara de verle ya atado á un poste y entregado á los mas crueles tormentos para diversion de los salvajes.

Nunca ha llegado á saberse la forma que iba á dar á la expresión de este sentimiento, pero por lo demás importa poco, porque antes que pudiera pronunciar una sílaba, Dorotea Varden entró en el aposento llorando como una Magdalena, y sin previa explicación, se arrojó al pecho de José y le rodeó el cuello con sus brazos de nieve.

— ¡Dorotea! exclamó José, ¡Dorotea!

— Sí, llamadme así, llamadme siempre así, dijo la linda hija del herrero, y no me habéis mas con tibieza, no os alejéis de mí como antes, y no esteis enojado por mis locuras de las que estoy hace mucho tiempo arrepentida, ó me haréis morir de pena, José.

— ¡Enojado yo de vos! dijo José.

— Sí... porque cada palabra de bondad y de sincera franqueza que pronunciábais me llegaba al corazón, porque vos, que tanto habéis padecido por mí... porque vos, que solo á mis caprichos debeis todas vuestras penas y disgustos... cuando sois tan bueno... tan noble para mí...

José no pudo contestar una palabra, una sílaba, aunque tenia una especie de elocuencia muy expresiva en su brazo izquierdo que rodeaba su lindo talle, pero sus labios estaban mudos.

— Si me hubiérais recordado con una palabra... solamente con una palabra... continuó Dorotea sollozando y acercándose aun mas al joven, que no merecía la paciencia que habéis tenido, si os hubiérais prevalido un solo momento de vuestro triunfo, hubiera sido menor mi pesar.

— ¡Mi triunfo! repitió José con una sonrisa que parecía decir: « ¿ Soy acaso un buen mozo para triunfar? »

— Sí, vuestro triunfo, decía Dorotea con todo su corazón y toda su alma que estallaban en su voz y en las lágrimas que inundaban sus mejillas, porque habéis triunfado. Estoy orgullosa y soy feliz al pensar y reconocer que habéis triunfado. Por nada en el mundo quisiera verme menos humillada... ¡Oh! no, no quisiera haber perdido el recuerdo de aquella última noche en que nos vimos... no, no, aun cuando pudiera borrar lo pasado de mi memoria, y dependiera de mí que fuera ayer tan solo cuando nos separamos.

Nunca habéis visto mirada de enamorado como la de José en aquel momento.

— Querido José, dijo Dorotea, siempre os he amado... sí, en el fondo del corazón os he amado siempre á pesar de mi vanidad y de mi ligereza. Me habia fi-

gurado que volveriais, se lo he pedido al cielo de rodillas, y durante los largos años, los interminables años que habéis pasado lejos de mí, nunca he cesado de pensar en vos y de esperar que al fin tendríamos un día la dicha de vernos reunidos.

La elocuencia del brazo y de los ojos de José superó toda la del lenguaje mas apasionado, y á pesar de todo, no decia una palabra.

— Y ahora por fin, dijo Dorotea palpitante con el ardor con que se expresaba, aun cuando os viera estropeado de todos vuestros miembros, valetudinario é inválido, aun cuando, en vez de ser lo que sois, solo fuérais á los ojos de todo el mundo, no á los míos, una ruina mas que un hombre, no por eso dejaria de ser vuestra esposa, vuestra amiga, con mas orgullo y alegría que si fuérais el lord mas rico de Inglaterra.

— ¿Qué he hecho yo, exclamó José, qué he hecho yo para obtener tal recompensa?

— Me habéis enseñado, dijo Dorotea alzando hácia él sus ojos encantadores, á conocerme y á apreciaros, á valer mas de lo que valia, á hacerme mas digna de vuestro noble carácter. Mas adelante, querido José, vereis con el tiempo que me habéis enseñado todo eso, porque quiero ser, no solo ahora que somos jóvenes y estamos llenos de esperanzas, sino aun cuando seamos viejos y achacosos, vuestra esposa amable, cariñosa, agradecida y humilde. No quiero tener mas pensamiento ni mas cuidado que nuestra casa y nuestro amor, quiero estudiarlo sin cesar para agradaros con el testimonio constante de mi mas tierno afecto y mi amor mas leal... lo quiero, sí, sí... lo quiero.

José no pudo mas que repetir sus primeros movimientos de elocuencia, pero... era todo lo mejor que podia hacer en vista de la circunstancia.

— Lo saben en casa, dijo Dorotea. Para seguiros abandonar á mis padres si fuera preciso, pero no es necesario, porque lo saben todo, se alegran, están tan orgullosos de vos como yo misma y tan llenos de gratitud... ¿No vendreis á verme como un pobre amigo que me conoció cuando era niña? ¿Es verdad que vendreis, José?

No os dé cuidado, lectores, el saber lo que respondió José.

Habló mucho rato... mucho, y Dorotea no se quedó en zaga.

La estrechó además tiernamente contra su corazón con su brazo, con su único brazo, y Dorotea no hizo resistencia. Si ha existido jamás una pareja feliz en este mundo que con todos sus defectos no es al fin y al cabo tan miserable, podeis decir sin temor de equivocaros que esta pareja feliz la formaban José y Dorotea.

Decir que durante estas evoluciones el tío Juan Willet experimentaba las mas profundas emociones de sorpresa de que es susceptible la naturaleza humana, que se hallaba en una especie de parálisis de asombro, que se sentia elevado á las regiones mas áridas, mas escabrosas y mas inaccesibles de la mas complicada abstracción, seria trazar en términos muy imperfectos un bosquejo incompleto del estado de espíritu en que estaba engolfado. Si un dragon alado, una águila, un vestigio, un elefante volando ó un caballo marino se le hubiera aparecido repentinamente, le hubiera tomado sobre la espalda y le hubiera trasladado corporalmente al centro mismo de la Sábana, habria sido para él un acontecimiento vulgar y cotidiano en comparación de lo que tenia ante sus propios ojos.

¡Cómo! ¡estar allí sentado tranquilamente en su silla mirando y oyendo todo aquello! ¡verse completamente olvidado mientras su hijo y una señorita hablaban de una manera tan apasionada, abrazándose y acariciándose como si estuvieran en su casa! Era en verdad una posición tan monstruosa y tan inexplicable y que superaba hasta tal punto sus mas vastas facultades de comprensión, que cayó en un letargo de desvanecimiento del cual no podia despertarse, como sucedia á los encantados por las hadas durante el plazo de sueño que estas les imponian.

— Padre, dijo José presentando á Dorotea, ya veis de lo que se trata.

El tío Juan miró primero á Dorotea, despues á su hijo, volvió á mirar á Dorotea y á su hijo, y entonces hizo un esfuerzo para sacar una bocanada de humo de su pipa que tres minutos hacia estaba apagada.

— Decid tan solo una palabra, aunque no sea mas que dar á Dorotea los buenos días, dijo José.

— Ciertamente, José, respondió el tío Juan, sí, sin duda. ¿Por qué no?

— Teneis razon, dijo José. ¿Por qué no?

— ¡Oh! repuso el tío Juan. ¿Por qué no?

Y haciendo esta reflexion en voz baja como si discutiera en su mente alguna grave cuestión, se sirvió de su dedo pequeño... si es que alguno de los diez mereciese esta calificación, se sirvió del dedo pequeño de su mano derecha como de un limpiapiipas, y volvió á abismarse en el silencio.

Y permaneció sentado al menos media hora, aunque Dorotea le decia con el tono mas cariñoso, y se lo repitió mas de una docena de veces, que esperaba que no estaria enojado con ella.

Permaneció sentado, silencioso, como petrificado, sin moverse mas de media hora, y al espirar este periodo, de pronto y sin la menor preparación, lanzó una estrepitosa carcajada con grande asombro de los dos jóvenes repitiendo:

— Ciertamente, José. Sí, sin duda. ¿Por qué no?

Y salió á dar un paseo.

LXXIX.

El tío Juan Willet no fué á dar su paseo hácia la Llave de Oro, porque entre este establecimiento y el Leon Negro media un verdadero viaje de calles como saben muy bien los que conocen las distancias respectivas de Clerkenwell y White-Chapel, y el tío Juan no tenia forma de andarín. Pero como la Llave de Oro se halla en nuestro camino, si no era el suyo, en este capítulo nos trasladaremos á la casa del herrero.

La Llave de Oro en persona, este emblema natural de la profesion del herrero, habia sido arrancada y pisoteada injuriosamente por los rebeldes; pero en aquel momento habia vuelto á ocupar su puesto con toda la gloria de una nueva capa de pintura y nunca habia presentado tan brillante aspecto.

No era ella la única que ostentaba el esplendor del renacimiento, pues toda la fachada de la casa, recientemente blanqueada de arriba abajo, estaba elegante y coqueta; y á buen seguro que si existian algunos de los revoltosos que habian ido á atacarla, el aspecto de aquel viejo edificio, rejuvenecido y próspero, debía ser para ellos un gusano roedor, un objeto de arrepentimiento.

Sin embargo, estaban cerradas las ventanas de la tienda y las celosías del primer piso, y en vez de la alegría que reinaba por lo comun en la casa, se le veia un exterior triste y como un aspecto de luto que los vecinos, acostumbrados á ver entrar y salir en otro tiempo á Bernabé, comprendian fácilmente. La puerta estaba entreabierta, pero no se oia el martillo en el yunque, el gato dormia acurrucado en las cenizas de la fragua, y todo estaba desierto y silencioso.

M. Haredale y Eduardo Chester se encontraron en el umbral de la puerta.

El joven cedió el paso al otro, y despues de entrar ambos con un aire de familiaridad que parecia indicar que esperaban allí alguna cosa y que se estaba acostumbrado á dejarles entrar y salir sin preguntarles, cerraron la puerta.

Entraron en el antiguo comedor, subieron por aquella escalera angosta y misteriosa de que tienen noticia nuestros lectores, y llegaron á la sala, orgullo y gloria de la señora Varden, en otro tiempo teatro de las labores domésticas de Miggs.

— Segun me ha dicho Varden, dijo M. Haredale, trajo á la madre aquí ayer noche.

— Sí, respondió Eduardo, está ahora en el segundo piso, y dicen que está desconsolada. No necesito ponderaros, porque lo sabeis lo mismo que yo, que el cuidado, la humanidad y la simpatía de esas buenas gentes no tienen límites.

— Lo sé. ¡El cielo les recompense este acto de bondad y otros muchos! ¿No está Varden en casa?

— Ha salido con la persona que habéis enviado y que ha encontrado en el momento de entrar. Ha estado fuera toda la noche, lo cual no ignorais, porque ha pasado la mayor parte de ella con vos.

— Es cierto. Si no le hubiera tenido á mi lado, me hubiese faltado el brazo derecho. Tiene mas edad que yo, pero su actividad es la de un joven.

— Es el corazón mas firme y en este momento el hombre mas feliz de la tierra.

(Se continuará.)

Costumbres alsacianas.

LA CUBETA.

Hé aquí tres muchachas, las tres bonitas y todas vestidas graciosamente con el pintoresco traje de las mujeres alsacianas. La madre apoyada en la ventana las mira con una curiosidad un tanto irónica. ¿Qué están haciendo en torno de esa cubeta? Ese es el misterio. He dicho tres muchachas y es de suponer que están tratando la cuestión de marido. ¡El marido! ¿Cómo será? La cubeta va á decirselo, de este modo. En esa cuchara que tiene en la mano una de ellas hay plomo derretido que se deja caer en el agua por el ojo de la llave puesta sobre la cubeta; y segun las formas que tome el plomo al llegar al fondo del liquido, el marido será como se desea, ó mas hermoso aun; ó será muy feo y tan malo como el mismo demonio.

Solo un día en el año se puede proceder á esta grave operación, con seguridad de acierto, y es el 24 de febrero, día de San Matias, en la montaña, y día de San Andrés en el valle. Y cuidado con decir á las mozas que la cubeta podria burlar sus esperanzas, pues el que á tal cosa se atreviera podria temerle todo. La cubeta es artículo de fe en los campos de la Alsacia, al mismo tiempo que es un utensilio doméstico sumamente útil.

Así sucede que la consultan tanto como consultaban en el siglo último en Paris las bellas damas de la corte, la cubeta del doctor Mesmer.

C. P.



F. LIX

SMEETON. SC.

COSTUMBRES ALSACIANAS. — ¿Cómo será mi marido?



PARIS PINTORESCO. — El mercado de los caballos.

Paris pintoresco.

EL MERCADO DE LOS CABALLOS.

Con las demoliciones practicadas en el XIII distrito de Paris, el barrio de los Gobelinos, antes tan poblado, tiene hoy inmensos espacios desiertos, que en las noches de luna recuerdan vagamente al transeunte la soledad del *Farwest*, ó las estepas de la Ukrania.

Una de las principales causas de esta despoblacion es el alejamiento del mercado de los caballos que del boulevard de l'Hopital ha sido trasladado al mercado de Forrages del boulevard Montparnasse.

El mercado en cuestion abierto hace mas de dos siglos en el sitio de la antigua *Folie-Eschar* (enfrente de la Salpetrière), habia llamado hácia aquellos lugares toda una série de establecimientos especiales, como posadas, tabernas, fábricas de carros y de arreos, caldererías, cerrajerías y carpinterías, que en su mayor parte han desaparecido con las expropiaciones.

La real cédula para el establecimiento del mercado que debia celebrarse el miércoles de cada semana, tiene la fecha del 12 de abril de 1639.

Vemos pues, que la concesion es antigua.

Completaremos este apunte histórico añadiendo que por decreto imperial del 30 de enero de 1811, se concedió á la villa de Paris el mercado de los caballos.

Su traslacion al boulevard Montparnasse no ha cambiado en nada su aspecto.

Las transacciones se efectúan los miércoles y los sábados de cada semana, y se paga el mismo derecho de entrada por cada caballería.

Ignoro lo que pasaba en la época del rey Luis XII, fundador del establecimiento, esto es, cuáles eran entonces las costumbres del mercado; pero puedo asegurar que hoy es muy raro encontrar en el boulevard Montparnasse otra cosa que animales viciosos, ó de desecho de la última categoría; en suma, no llevan allí mas que los caballos que no serian recibidos en el tastersall, donde no se admiten cuando aproximadamente no valen mas de 100 fr.

Esto es lo que da al mercado su fisonomía especial, lo que hace su clientela *sui generis*: alquiladores de coches, aventureros de barreras, vendedores ambulantes, artistas de feria, saltimbanquis, carreteros, etc., que buscan en el boulevard Montparnasse monturas á infimo precio.

El comprador puede estar seguro de tener que hárselas con *chalan*es que no ofrecen ninguna garantía.

Por punto general debe desconfiarse de todo traficante en caballos: un chalan engañaría á su padre.

Nada mas curioso que la escena de una venta en el boulevard Montparnasse.

En torno de un pobre caballo ético, cuyos huesos parece que van á desgarrar la piel, los aficionados se entregan á un profundo exámen, en tanto que un compadre de semblante plácido, dice al chalan:

— No tiene apariencia, pero se repondrá fácilmente, vale cien escudos como un ochavo.

Algunos de los presentes á quienes el chalan ha pagado un trago opina lo mismo; y á veces el comprador cae en el lazo, mientras el pobre animal temblando sobre sus patas mal seguras, parece estar pensando en la inefable alegría del reposo eterno, cuya idea inspiran fatalmente los verdes árboles del cementerio de Montparnasse que asoman por encima de la tapia del mercado.

Cuando se presenta un caballo de buen aspecto, que parece un caballo de lujo, es segurísimo que tiene algun vicio incurable.

Hace unos veinte años el mercado del boulevard de l'Hopital, recibia aun los animales que llegaban directamente de las ferias; y así era que entonces se encontraba allí de todo, bueno y malo.

Hoy no sucede lo mismo; ya he dicho por qué.

Los miércoles y los sábados se ven algunos agentes de policía en el mercado, á fin de reconocer los caballos robados, que el ladron no deja de llevar nunca al boulevard Montparnasse.

A pesar de todas las precauciones que toman para disimular la personalidad del animal, los agentes acaban por descubrir el objeto y por prender al ladron.

Tambien se venden allí los animales procedentes de embargos.

Todos los dias de mercado el matachin Macart y su colega envían un perito para comprar los animales buenos para Montfaucon.

Conocidas son las máculas de los chalanes.

Antes de poner en venta un caballo le arreglan la cabeza, le tiñen la piel y le ponen cola y crines postizas.

A veces este trabajo acusa una perfeccion muy notable. Aplican una nueva lengua al caballo que por un accidente (mas comun de lo que se cree) se ve privado de este apéndice; y les cortan los dientes usados cuyo aspecto basta para hacer descubrir su edad á los inteligentes, y los reemplazan con otros nuevecitos. En algunos no necesitan hacer mas que limar y ajustar el sistema dentario.

Una vez rejuvenecido el caballo, le pone en venta y hay muchas personas que se engañan.

Despues hay tambien las máculas ordinarias que

son, como si dijéramos, la infancia del arte: embriagan el caballo con alcohol, y cuando sale al mercado atontado con la bebida, parece mas suave que un cordero.

Yo por mi parte puedo decir que he conocido un caballo ciego que tres veces seguidas ha sido vendido en el mercado, la primera por 550 francos, la segunda por 300 y la tercera por 150. La cosa parece extraordinaria, y sin embargo, es ciertísima.

Terminaremos recordando que durante el sitio, en el boulevard Montparnasse reunian los caballos destinados á la matanzas; y cuando los proyectiles comenzaron caer allí, trasladaron el mercado á los mataderos de la Vilette.

Recientemente se trató de instalarle de nuevo en los vastos terrenos de los boulevares de l'Hopital, Saint-Marcel y la calle Dumenil; pero nada se decidió y el estado provisional subsiste todavía. Los habitantes del barrio de los Gobelinos piden que se les devuelva su mercado. Un dia ú otro preciso será tomar una determinacion definitiva.

E. F.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 998.)

— Si he de deciros la verdad, caballero, dijo el cómico, tengo cierta idea supersticiosa que me impide coger mas dinero en mis manos del que puedo gastar; porque siempre que he adquirido dinero me ha sucedido alguna desgracia; y la mala suerte no me abandona, pero el dinero se va. En Gatesborough gané una gran suma, y despues ya sabeis lo que he tenido que sufrir. Cuando aquel accidente del camino de hierro en que perdí este ojo, recibí una indemnizacion de 120 libras. Y antes de trascurrir tres dias ya habian volado.

— ¿Cómo fué eso? dijo Jorge én un tono entre alegre y compasivo; ¿os robaron acaso?

— Nada de eso, respondió Waife. Un pobre viejo que tenia muy mala opinion de mí, de lo que no me admiro, quedó reducido de una prosperidad á una gran pobreza. Estando yo en cama me leyó mi patrona un periódico en el cual hablaban de sus vicisitudes y su destitucion. Yo recordé entonces que tenia con él una cuenta pendiente bastante antigua, y en aquel pago y el médico se fueron mis 120 libras. Ahora espero que no pensaré tan mal de mí. Con aquel dinero habré podido hacer fortuna mejor que yo. Si me diérais dinero ahora no me luciria mas que entonces. Cuando podais disfrutar vuestro beneficio y llegueis á ser un predicador de fama, y podais ahorrar, tal vez os pida que me ayudeis á formar una suma, tan enorme como la que tuve que pagar cuando me dieron la compensacion del camino de hierro. Debo esa suma á la persona de quien antes os hablaba, que la ha desembolsado para librar á Sofia de un compromiso que yo, sin el menor remordimiento, hice que rompiera la niña.

— ¡Oh! sí. ¿A cuánto asciende? Dejadme que pague inmediatamente esa deuda.

— No, aun no. Esa señora puede esperar, no conviene pagarla ahora. Entre tanto, ¿si quisiérais mandarme algunos libros para Sofia? Libros instructivos; pero que no sean demasiado áridos. Y un diccionario francés. Yo puedo enseñarle ese idioma. Pero, M. Morley, podeis hacerme otro gran favor.

— ¿Cuál? Hablad.

— Vos tendreis amigos y parientes. Nunca les habléis de mí. Nunca les describais mi carácter. No nombres á la señora, ni... ni... al hombre que reclamaron á Sofia. Vuestros amigos es probable que no me hicieran daño; pero otros podrian hacérmelo. Prometedme lo que os pido, prometédmelo como hombre y caballero.

— Ciertamente. Sin embargo, tengo un pariente al cual, con vuestro permiso, quisiera hablar de vos, y al que me alegraria que conociérais. Es un hombre de mundo que pudiera sugeriros alguna buena idea para rehabilitaros. Hablo de mi tio, el coronel Morley.

— ¡De ningún modo! exclamó Waife casi furioso, y demostró tanta ira y desasosiego que trascurrió mucho tiempo antes de que Jorge pudiera apaciguarle con la formal seguridad de que para él seria inviolable su creto, y acataria en un todo su voluntad.

Despues de disipar gradualmente los temores de Waife y haber vuelto á ganar su confianza, una hermosa mañana Jorge se despidió de su excéntrico bienhechor.

Waife y Sofia le contemplaban desde la puerta de su jardin. El cojo se apoyaba ligeramente sobre el hombro de la niña. Esta miraba con ternura é inquietud el rostro pensativo del viejo, mas pensativo cuanto mas le miraba.

— ¿No os entristecereis, abuelito? ¿No le echareis de menos?

— Un poco al principio, dijo Waife, saliendo de su

meditacion. La educacion es una gran cosa. Un entendimiento educado, comprende lo que no nos puede hacer daño, sabe que no siempre podemos apartar el mal de nuestra existencia. Sofia, debemos trabajar seriamente para educarnos nosotros mismos.

— Lo haremos, abuelito, dijo Sofia con decision; y unos cuantos minutos despues añadió: Si yo pudiera llegar á ser muy instruida, no desearias tanto volver á ver á se caballero, ¿no es verdad, abuelito?

VI.

Ya estaba muy avanzado el invierno cuando Montfort Cour volvió á animarse con la presencia de su señora. Antes de salir de Windsor recibió una política carta de M. Carr Vipont, manifestando cuán conveniente seria para los intereses de Vipont que fuese á Irlanda por uno ó dos meses para visitar sus posesiones que habian estado abandonadas algun tiempo, y que el lord se reuniria allí con ella. Lady Montfort fué pues á Irlanda, pero el lord no fué á reunirse con ella, y M. Carr Vipont manifestó su deseo de que se reuniesen los dos esposos en Montfort Cour, donde se invitaria á toda la familia de Vipont para contemplar su felicidad ó mitigar su *ennui* (1).

Pero antes de proseguir nuestra historia nos parece conveniente manifestando un justo tributo de respeto á la gran casa de Vipont, hacer una pausa y dar al lector una idea de su pasada y presente grandeza. ¡La casa de Vipont!... Pero la casa de Vipont requiere un capitulo aparte.

VII.

¡La casa de Vipont! Si nos remontamos á las edades pasadas, podremos considerar á la familia de Vipont como una existencia continuada con una organizacion particular, manifestando en su progresivo desarrollo una unidad de pensamiento y de accion, denotando en todos los cambios el mismo espíritu.

« *Le roi est mort; vive le roi!* Vipont ha muerto; viva Vipont.

A pesar de su nombre normando, los Viponts no empezaron á figurar hasta algunas generaciones despues de la conquista. El primer Vipont que salió de la oscuridad, era un rudo soldado de origen gascon, en el reinado de Enrique II; uno de los mil guerreros que salieron del puerto de Milford con el intrépido conde de Pembroke para aquella extraordinaria expedicion que tuvo por objeto la conquista de Irlanda. Aquel bizarro soldado obtuvo grandes concesiones de territorio en aquella fértil isla, un Mac ó un O' desapareceria; en su lugar se levantó la casa de Vipont.

Durante el reinado de Ricardo I, los Viponts fueron llamados de nuevo á Inglaterra, dejando sus adquisiciones de Irlanda á cargo de un hermano del jefe de la familia; se excusaron de marchar á las cruzadas, y por medio de un casamiento con la hija de un rico platero, se pusieron en estado de prestar dinero á los que emprendieron aquella costosa expedicion.

En el reinado de Juan, los Viponts, haciendo efectivas las hipotecas que habian tomado en garantía, compraron magnificas posesiones en Inglaterra, cuyas rentas añadieron á las de sus feudos en la isla hermana (Irlanda).

Los Viponts siguieron en una discreta oscuridad, aumentando sus bienes de fortuna durante el reinado de los Plantagenets. En el reinado de Enrique IV la casa de Vipont sacó el fruto de su modestia y retraimiento; entonces por la primera vez se vió figurar á los Viponts como caballeros. En prueba de su creciente importancia se enlazó por medio de un matrimonio con la familia de Darrell, que entonces estaba en su esplendor. En el reinado de Enrique V, durante la invasion de Francia, los Viponts, temiendo la disenteria, hicieron de modo que fueron representados por segundon. La guerra de las Rosas puso en grande apuro á la familia; pero atravesó por tan peligrosa prueba con tan buen éxito como habilidad. La habilidad con que supo en muchas ocasiones cambiar de rumbo, ejecutando cada maniobra de este género con rara suerte, y la mayor parte de las veces con ventajas pecuniarias, es superior á todo elogio.

En una palabra, preferia el partido de York: era imposible mostrarse partidario de Lancaster, cuando Enrique de Lancaster estaba siempre preso. Así es que á la muerte de Eduardo IV la casa de Vipont tenia por jefe á un Vipont de Vipont con veinte señorios. Ricardo III contaba con ella cuando salió de Lóndres para ir á combatir contra Richmon en Bosworth; pero contaba sin la huéspeda. La casa de Vipont se hizo lancasteriana ardiente, y fué una de las primeras que se apresuraron á rodear la litera en que Enrique VII hizo su entrada en la capital. En tiempo de este rey la grande casa de Vipont contrajo matrimonio con una parienta de Empson, y como los nobles de antigua prosapia eran pobres y raros en número, Enrique VII quiso hacer del jefe de la casa de Vipont

(1) *Ennuí*, palabra francesa que expresa una cosa intermedia, entre tristeza y enojo, enfado y fastidio.

un conde, el conde de Montfort. Bajo Enrique VIII la casa de Vipont, en vez de quemar á los Lollards, abrazó el partido de la Reforma, y obtuvo tierras de dos prioratos y una abadía. Hinchada con sus despojos como una boa en el acto de la digestion, la casa de Vipont durmió largo tiempo. Pero no, no dormía. Manteniéndose tranquila como un raton durante el reinado de la sanguinaria María Tudor limitándose á hacer saber á la córte que tenia fuertes tendencias papistas, no haciendo el menor ruido bajo los reinados de Isabel y de Jacobo, la casa de Vipont tomaba aliento y mejoraba su constitucion. ¡ Dormir! Nada de eso; por el contrario, estaba muy despierta. Entonces empezó sistemáticamente su grande política de alianzas, enjertó con cuidado sus ramas de olivo sobre las mas fecundas ramas de aquellas casas nuevas que habian nacido con los Tudors; atenta al espíritu de la época, previendo las necesidades del porvenir, se extendió como una red sobre Inglaterra, y multiplicó en todas partes sus útiles relaciones de parentesco. Entonces empezó tambien á construir palacios y á cercar parques. Tambien hizo algunos viajes. ¡ La casa de Vipont viajó, visitó á Italia y se formó su gusto; la casa de Vipont llegó á ser una casa elegante! y bajo el reinado de Jacobo, obtuvo por la primera vez la Jarretiera.

Estallaron las guerras civiles que desgarraron á la Inglaterra: los pares y los caballeros se declararon en uno ú otro partido. La casa de Vipont volvió á encontrarse apurada. Al principio se habia declarado abiertamente por el rey Carlos; pero cuando el rey Carlos tomó las armas, la casa de Vipont sacudió su prudente cabeza, suspirando como lord Kalkland: ¡ la paz, la paz! Por último se acordó de que en Irlanda tenia propiedades descuidadas y que sus deberes le llamaban á aquel país. Allí deploró los males de la patria y se enlazó con una parienta de lord Fauconerh, la única alianza popular y segura que hubiera contraído la familia del lord protector. Los Viponts se encontraban, pues, en buena posición cuando Cromwell fué á Irlanda, y en no menos buena posición cuando Carlos II volvió á Inglaterra. Durante el reinado del alegre monarca, la casa de Vipont se hizo cortesana, se casó con una deidad de la córte, volvió á obtener la Jarretiera, y se puso por primera vez en moda. La moda fué tambien para ella un poder. En el reinado de Jacobo II la casa de Vipont discursió el medio de aparecer como un menor que llegaba á su mayor edad justamente á tiempo de prestar juramento de fidelidad á Guillermo y María. En caso de algun accidente, la casa de Vipont conservaba relaciones de amistad con los Stuarts desterrados; pero tenia buen cuidado de no escribir cartas que pudieran comprometerla. Sin embargo, hasta que el gobierno presidido por sir Roberto Walpole estableció el sistema constitucional y parlamentario que caracteriza la libertad política moderna no apareció en todo su esplendor el poder acumulado durante una série de siglos por la casa de Vipont. Sus posesiones eran entonces inmensas, sus riquezas enormes; su influencia parlamentaria, como casa opulenta formaba entonces parte de la Constitución británica. En esta época la casa de Vipont consideró conveniente separarse en dos grandes divisiones; la rama de los pares y la de los comunes.

La Cámara de los comunes habia adquirido tanta importancia, que era preciso que la casa de Vipont estuviera representada en ella por un personaje notable. Tal fué el origen de la elevacion de la familia Carr Vipont.

Esta division, á consecuencia de un contrato de boda que favorecia á un segundon descendiente del heredero de los Carr, arrebató una buena parte de sus dominios á la noble rama, la noble rama gimió; pero reparó aquella pérdida por medio de dos ricos casamientos, y despues pudo regocijarse viendo su poder en la alta Cámara, fortificado por aquel apoyo en la Cámara baja. En efecto, gracias á su influencia parlamentaria y á la ayuda del distinguido miembro de los comunes, el jefe de la casa de Vipont, obtuvo en el reinado de Jorge III el título de marqués.

Desde aquel momento hasta la época actual no habia sido mas que una carrera de progreso y de prosperidad. Era á la aristocracia lo que el periódico el *Times* es á la prensa: la misma simpatía con la opinión pública, la misma unidad de tono y de propósito, la misma suavidad de formas, y algo de ese tono de superioridad respecto de los mezquinos intereses de partido.

Reconocemos de buen grado que la casa de Vipont era menos brillante que el *Times*; pero la elocuencia y el espíritu necesario á la existencia de un periódico no eran necesarios á la existencia de la casa de Vipont. Si hubieran sido necesarios los hubiera poseído.

Raras veces condescendia el jefe de la familia de Vipont en aceptar un cargo público. Un hombre en posesion de una renta territorial, valuada en 160,000 libras esterlinas al año, podria considerar como humillante para él recibir del público algunas miserables 5 ó 6,000 libras, para sufrir los innobles ataques de las asambleas populares y una prensa licenciosa.

Pero era una cosa sabida por todos, que la casa de Vipont debia figurar en todo gabinete, cuya formacion pudiera ser aconsejada á un monarca constitucional. Desde la época de Walpole siempre habia estado un Vipont al servicio de su país; excepto en esos casos raros en que el país era terriblemente mal gobernado.

Los hijos menores de la casa ó el miembro de mas edad de la rama del ilustre representante de los comunes, eran los que sacrificaban su reposo por llenar este deber. Los marqueses de Montfort se contentaban por lo general con cargos honoríficos en la casa del soberano, como las de lord mayordomo, lord chambelan, gran escudero, etc., dignidades honerosas, que únicamente se dignaban aceptar en ocasioness particulares, cuando amenazaba algun peligro al astro de Brunswick, ó el sentimiento de su alta posición no permitia á la casa de Vipont dejar á su país á oscuras.

Las grandes casas, tales como la de Vipont, ayudan á la obra de la civilizacion por la ley misma de su existencia. Tienen arrendadores ricos y enérgicos, por lo que deben mostrarse naturalmente propietarios benévulos y generosos aunque no sea mas que por el interés de esa popularidad que dobla la influencia política.

Bajo ese régimen paternal los pantanos y los arenas se hacen fértiles, las experiencias agrícolas se practican en grande escala, las razas de ganado se mejoran, el capital nacional aumenta, naciendo por decirlo así al choque del arado, se esparce por miles de canales, acelera la marcha del barco y anima al artesano.

Si no hubieran existido los castillos de Woburn, de Holkham, de Montfort, Inglaterra tendria muchos millones menos. Nuestras grandes casas contribuyen tambien al refinamiento del gusto nacional: tienen sus exposiciones, sus galerias de cuadros, sus magníficos jardines.

Durante una larga série de generaciones, los Viponts habian sido una raza enérgica. Cualesquiera que fuesen sus defectos, siempre habia dado pruebas de vigor y sagacidad. El último marqués (abuelo del actual) tal vez habia demostrado mas habilidad que los demás, es decir, era el que mas habia hecho por la casa de Vipont.

Viviendo magnífica y grandiosamente, uniendo á una presencia majestuosa, maneras de príncipe, dotado de un talento notable para todos los negocios públicos ó privados, entusiasta de la casa de Vipont, y secundado por una marquesa, digna de él en todos conceptos, podia decirse que era la flor culminante de aquel venerable tallo.

Pero el lord actual habiendo heredado el título siendo aun niño, presentaba un triste contraste no solamente con su abuelo, sino tambien con el carácter general de sus antepasados. Antes de él cada uno de los jefes de la casa habia hecho algo por ella; hasta los mas frívolos habian contribuido á su grandeza: uno habia comprado los cuadros, otro las estatuas, un tercero las medallas, otro formó la famosa biblioteca de los Viponts; mientras otros habian enriquecido la casa por medio de enlaces con opulentas herederas, ó aumentando su esplendor por medio de alianzas con las familias de los duques.

El marqués actual era literalmente cero. No tenia la sávia de los Viponts. Tenia buen semblante, se vestia bien; si la vida no fuera mas que un cuadro mudo, hubiera sido un modelo de marqués. Se asemejaba á los relojes que se les regala á los niños, que tienen una esfera muy bonita, pero sin movimiento. Le dominaba completamente la inercia, era incapaz de administrar sus bienes, de responder á las cartas que recibia, ni aun casi leerlas hasta el fin.

No le interesaba la política, ni la literatura, ni la caza. Tiraba, es cierto, pero maquinalmente, sin saber tal vez por qué tiraba. Asistia á las carreras porque la casa de Viponts conservaba caballos de carreras. Apostaba por sus propios caballos y no manifestaba ningun disgusto si perdía. Sus admiradores (que no le podian faltar nunca á un marqués de Montfort) exclamaban:

— ¡ Qué buen humor! ¡ Qué cortesía!

Aquello no era mas que una apatía natural. Nadie podia decir que era un hombre malo; no era ni vicioso, ni opresor, ni disipador; no hubiera querido por nada del mundo darse la pena de ser malo.

Los que le observaban de lejos hubieran dicho que era un hombre ejemplar. Los deberes mas en evidencia de su posición, tales como suscripciones, obras de caridad, mantenimiento de grandes establecimientos, premios á las bellas artes, eran virtudes que otros practicaban admirablemente por él. Pero su flemá ó nulidad no eran tal vez despues de todo, tan completas como yo las he representado.

Tenia una susceptibilidad mas comun en las mujeres que en los hombres, un amor propio implacable. Si creia herido su amor propio, era capaz de entregarse á un arrebato de furor, de locura, de venganza; con solo herir en lo mas mínimo aquel amor propio ¡ cosa extraña! el reló andaba.

A la marquesa le profesaba un rencor que parecia haber concebido desde el principio de su matrimonio. Manifestaba de una manera pasiva aquel rencor por el completo abandono en que dejaba á su mujer; lo demostraba activamente alejándola de todas aquellas esferas de poder que pertenecen naturalmente á la mujer cuando el marido no se ocupa de detalles de negocios.

Temia evidentemente que se dijera: ¡ Lady Montfort ejerce influencia sobre milord! De ese modo Carr Vipont estaba encargado no solo de la administracion de sus propiedades, sino de sus jardines, de su casa, de sus asuntos domésticos. Carr Vipont ó lady Selina eran los que decian á lady Montfort:

— Es necesario dar un baile.

O bien:

— Deberiais convidar á tal persona.

Ambos esposos estaban separados de hecho tanto como si estuvieran legalmente desunidos, y como si Carr Vipont y lady Selina hubieran sido dos intermediarios necesarios en cualquier género de relaciones entre ellos.

Pero, por otro lado, justo es decir que en todas las cosas en que la esfera de accion de lady Montfort en nada se rozaba con los planes y las costumbres de su marido, con sus gustos, con sus repugnancias, con su temor celoso de que se sospechara que pudiera ella tener algun ascendiente sobre lo que le pertenecia exclusivamente como *Roi fainéant* (rey haragan) de los Viponts, era ella libre como el aire.

No debia hacer tentativa alguna de representar un papel masculino ó de consejera conyugal; en cambio tenia á su disposición todo lo que la riqueza puede dar, todo lo que el lujo puede ofrecer á la nobleza ó á la vanidad.

¡ Cosa extraña! el matrimonio de lord Montfort pasaba en el mundo por un matrimonio de amor: siguiendo una política contraria á la política uniforme de la casa de Vipont que hacia todo lo posible por sus primos pobres, excepto darles la mano de su jefe, lord Montfort se casó con una jóven sin dote, hija de uno de sus primos mas pobres y mas oscuros.

La conducta de lady Montfort, en circunstancias tan delicadas, habia sido admirable y rara. Inevitablemente en aquel mundo brillante, los aduladores se agrupaban en torno de una mujer tan jóven y de tan rara belleza, y tan completamente abandonada á sí misma por la negligencia de su esposo; pero á la primera insinuacion de un cumplimento galante, de un sentimiento de tierna simpatía, lady Montfort, generalmente tan dulce y tan amable en su interior, era bastante altanera para detener á un Lovelace.

Pronto se comprendió que aquella mujer era á prueba de seducciones, y los mas atrevidos se inclinaron, sin pensar siquiera en hacer uso de sus medios de seducción. Tenia poca popularidad, se la acusaba de ser « orgullosa y fria, » de no extender la influencia de la casa, de no mantener su imperio sobre la moda, imperio que exige cierta familiaridad social, y que ni el rango, ni la riqueza, ni la virtud, pueden dar por sí solas. Este era un gran defecto á los ojos de la casa de Vipont. « No hace absolutamente nada por nosotros, » decia lady Selina; pero en el fondo, lady Selina estaba muy complacida de una reserva cuyo efecto era hacer recaer sobre ella, casi exclusivamente sobre ella, la representacion femenina en el gran mundo, de los honores de la casa de Vipont; lady Selina era la moda personificada.

La peculiaridad social de lady Montfort, era el empeño con que buscaba la sociedad de las personas que habian adquirido una reputacion por la superioridad de su genio, ya fuesen hombres políticos, abogados, escritores, filósofos ó artistas. El comercio intelectual parecia ser la atmósfera en que mejor respiraba; pero se la acusaba, no sin alguna apariencia de razon, de caprichosa é inconstante en sus gustos.

¡ Lady Selina era tan encantadora! Nada mas raro que la belleza de un tipo elevado; el genio y la belleza son en verdad dos tipos raros; el genio es la belleza del espíritu; la belleza es el genio del cuerpo. Pero de los dos, la belleza es lo mas raro.

Fácil nos seria nombrar cuarenta ó cincuenta personas de genio que lo han revelado, sea como hombres de accion, sea como literatos, sea como artistas. Pero quién de nosotros recuerda haber visto mas de cuatro ó cinco modelos de belleza ideal de primer orden? Cualquiera al ver á lady Montfort la clasificaria entre esos cuatro ó cinco modelos conservados en su recuerdo. Su rostro tenia ese colorido brillante al cual alude el poeta latino cuando habla del

Nitor

Splendens Pario marmore purius...

Et vultus, nimium lubricus adspici (1)

Y que un poeta inglés, con menos sensualismo pero con la imaginacion mas espiritual del genio del Norte, ha descrito en palabras que un lector inglés se complacerá en ver sacar del olvido:

« Her face was like the milky way i' the sky

A meeting of gentle lights without a name » (2)

¡ Sus ojos brillaban con tan puro resplandor, sus cabellos castaños armonizaban tanto con su tez de marfil, sus labios, cuando se entreabrian para sonreír, lo hacian con tanta dulzura!

VIII.

La fiesta de Navidad reunia este año mucha gente en el castilló de Montfort. Se habian dirigido numerosas

(1) Su tez luminosa y pura como el mármol de Paros... y la movible y viva expresion de su semblante. (Horacio.)

(2) Su rostro era semejante á la vía láctea que brilla en el cielo con el conjunto de bellísimos é incomprendibles resplandores. *Suckling*. (Notas del traductor.)

invitaciones á los parientes de la familia, de todos los grados y de diversos rangos de la sociedad. Desde los duques, que nada tenían que desear de lo que pueden dar los reyes y los primos, hasta los abogados sin pleitos y los tenientes de porvenir, habian sido convocadas las diversas ramas de la familia. Estas reuniones eran frecuentes y componian parte de la política hereditaria de la casa de Vipont.

En aquella ocasion la reunion de la familia era mas significativa que de ordinario: habia una crisis en la historia constitucional de Inglaterra. Hacia semanas que se habia formado de pronto un nuevo gabinete, y aquel nuevo gabinete amenazaba ciertamente nuestras antiguas instituciones de algun golpe temible, porque la casa de Vipont no habia sido consultada para aquel arreglo y no estaba representada en el gobierno; no tenia ni un lord de la Tesorería. Carr Vipont habia convocado por lo tanto aquella familia patriótica y descontenta.

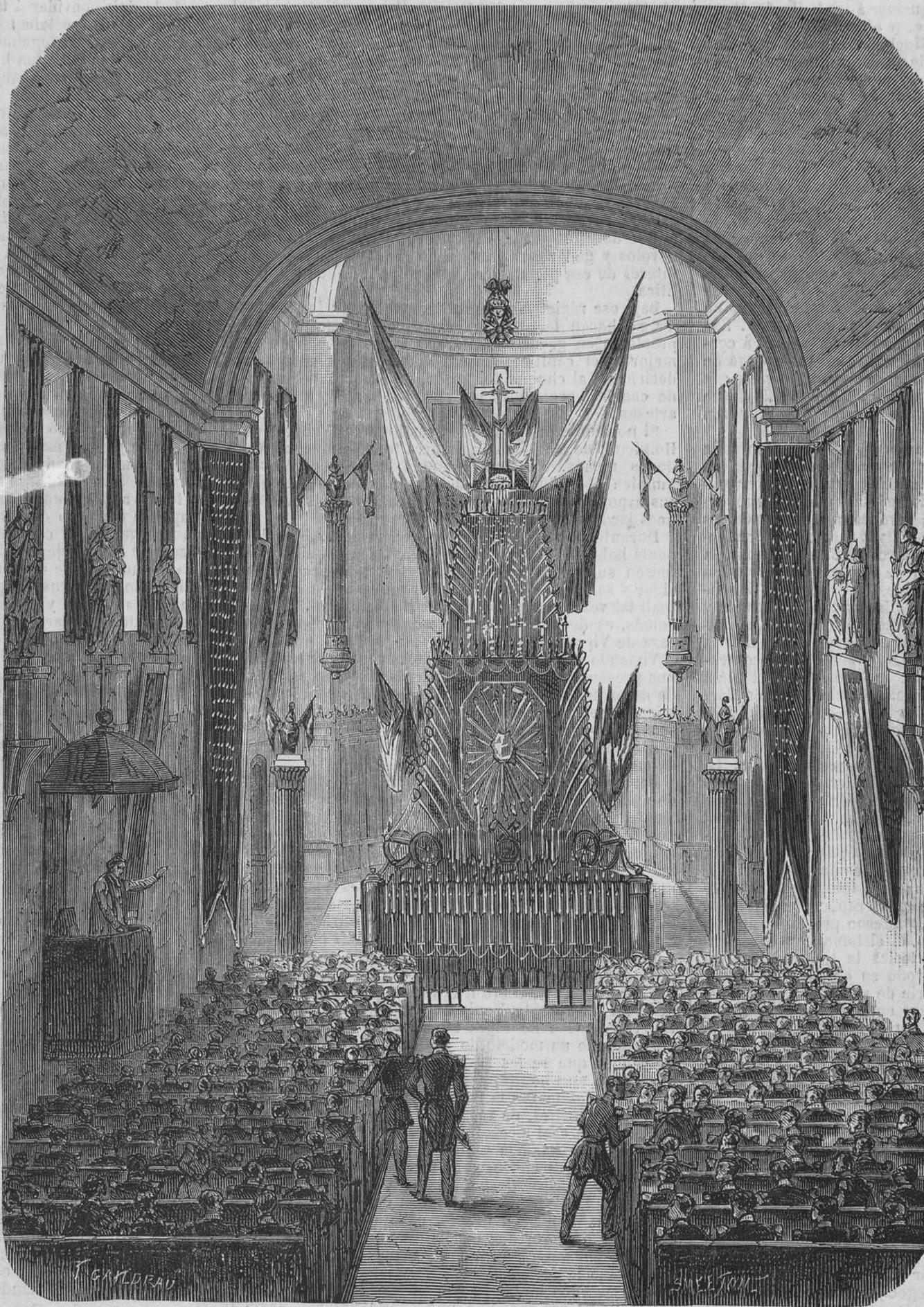
Una hora habia que habia terminado la comida. Los caballeros habian ido á reunirse con las señoras en los grandes salones que el último marqués habia hecho reparar y decorar de nuevo en su ancianidad, durante la larga enfermedad que le condujo al sepulcro.

En los primeros años de su vida, aquel fastuoso marqués abandonó el castillo de Montfort por otra residencia mas próxima á Londres y en la cual era por consiguiente mas fácil reunir aquella brillante sociedad, de la cual habia sido el centro y el ornamento; los caminos de hierro no habian anulado aun el tiempo y el espacio, y la perspectiva de un viaje en posta de cuatro dias para ir á un condado del Norte quitaba gran parte de su atractivo á las invitaciones dirigidas por el marqués á las bellezas delicadas y los ministros gotosos. Pero al aproximarse al fin de su carrera en este mundo, la conciencia de aquel ilustre pecador sintió algunos temores por haber abandonado por tanto tiempo la casa identificada con sus títulos hereditarios.

Y el gran señor, acompañado y animado por un capellan, hombre de gusto para las bellas artes, se retiró resueltamente á Montfort Court, en donde rodeado de arquitectos, doradores y tapiceros, se arrepintió de sus errores, y satisfecho con la idea de haber preparado un palacio para su sucesor, añadió al panteon de su familia un ataúd mas.

Contemplad sus habitaciones. Estais en el gran salon, imitacion del de Versalles. Aquel cuadro es el retrato del último marqués, en pie con su toga de par; ese otro el de la marquesa su esposa.

Esa mesa de malaquita es un regalo del emperador Alejandro de Rusia; ese vaso de Sevres, que está encima, fué hecho para María Antonieta, mirad su re-



Servicio fúnebre celebrado en Saint-Cyr, en honor de los alumnos de la Escuela militar muertos durante la guerra.

trato esmaltado en el centro. A través de aquella puerta abierta en el extremo, vuestra mirada se pierde en una larga fila de espléndidos salones; el salon de concierto, el salon de estatuas, el invernadero; tambien hay otras piezas, un salon de baile digno de Babilonia, una biblioteca que pudiera servir de ornamento á Alejandria; pero estos salones no están iluminados, porque en esta ocasion son inútiles; solo se trata de una reunion de familia, sesenta convidados y nada mas.

En el salon hay tres mesas de whist para los señores mayores. En la sala de conciertos la música de un piano atrae á la juventud mas ligera. Honoria, la hija mayor de lady Selina Vipont, que es una señorita que aun no ha sido presentada al mundo, pero que debe serlo en la próxima estacion, ejecuta una pieza alemana con variaciones, sumamente difícil. Su ejecucion es admirable.

Lady Montfort está sentada cerca de una anciana duquesa, excelente señora, pero grande habladora; cerca de ella se encuentran dos caballeros de una edad regular, que han estado hablándola hasta el momento en que la duquesa, introduciéndose en el círculo, ha

convertido en monólogo el diálogo.

M. Carr Vipont, el mas viejo de aquellos dos caballeros, es calvo; sus patillas tienen el corte parlamentario; se jacta de parecerse á Canning, pero es mas alto, tiene el aire de un gran propietario.

Carr Vipont tendria unas 40,000 libras de renta: en muchas ocasiones ha rehusado empleos para él, procurando hacerlos recaer en otros Viponts; tiene gran autoridad en lo que concierne á los comités y á los reglamentos de la Cámara de los comunes; rara vez toma la palabra; cuando lo hace, habla brevemente, no discutiendo nunca y limitándose á exponer su opinion; esta opinion tiene mucho peso, y con él votan quince miembros de la casa Vipont, sin contar otros satélites que se agrupan en torno suyo.

(Se continuará.)

Servicio

FÚNEBRE CELEBRADO EN LA ESCUELA MILITAR DE SAINT-CYR.

Muchos sangrientos aniversarios y muchos servicios fúnebres hemos señalado ya en este periódico; y sin embargo, no estábamos al cabo de nuestra penosa tarea. Hace pocos dias la ceremonia era en Nuestra Señora, luego fué en Saint-Cloud, luego en Rueil; y he aquí ahora que los alumnos de las diversas escuelas militares dirigen á su vez una piadosa despedida á sus compañeros que han combatido y muerto valerosamente por la patria.

Los primeros han sido los de la Escuela Politécnica, que han hecho celebrar en la iglesia de San Esteban del Monte, un servicio en memoria de sus tres compañeros que murieron en el sitio de Paris. Luego siguieron los oficiales alumnos de la Escuela de aplicacion de artillería y de ingenieros, servicio que tuvo efecto en Fontainebleau; y por último, les ha tocado la vez á los alumnos de la Escuela de Saint-Cyr, que se reunieron en Saint-Cyr en torno del fúnebre catafalco, con presencia del comandante, de los profesores y de todos los oficiales de la escuela.

La ceremonia fué interesante. Los antiguos alumnos de la escuela residentes en Paris, asistian á ella, al mismo tiempo que los nuevos, todos de uniforme, y ocupando el interior de la iglesia, toda colgada de negro, con adornos de banderas.

El servicio conmemorativo se celebró en medio del recogimiento mas profundo: todas aquellas frentes juveniles se inclinaban tristemente, pálidas bajo la dolorosa emocion que sentian aquellos corazones, que palpitaron tan generosamente en la hora del peligro. Tristeza de buen agüero, pues por su misma gravedad prueba cuán terrible es para todos el luto presente.

C. P.